



EPISTOGARIO MADRILEÑO

DESPUÉS de larga, pero obligada ausencia—¡esta salud!—, reanudo hoy, querido Enrique, mi comunicación con usted y con los lectores de su Revista. ¡Y mire usted por dónde he de comenzar por dos notas tristes!

Murió la Emperatriz Eugenia; murió, casi inesperadamente, á los noventa y cuatro años, cuando ya se había restablecido de su reciente operación en la vista. Con ella desaparece una gran figura histórica; con ella se van recuerdos de una de las épocas más interesantes de la vida de Francia.

Como no dudo de que usted, Casal, querrá tributar en VIDA ARISTOCRÁTICA el homenaje que la memoria de la Emperatriz merece, me limito á recoger la gran impresión que la gran desgracia ha producido en la sociedad de Madrid y á enviar por anticipado nuestro pésame más sentido—¿verdad, Enrique?—á los duques de Alba, Peñaranda y Santaña, y á los restantes aristócratas españoles parientes de esta augusta dama, que vió la luz en España y exhaló, en España también, su último suspiro.

La otra nota triste ha sido el fallecimiento del contraalmirante D. Manuel Flórez Carri, marqués de Hinojosa, que fué por dos veces, siempre con acierto, ministro de Marina.

El general Flórez se hallaba desde hace tiempo enfermo, pero nada hacía suponer fin tan próximo. En los Cuerpos de la Armada, en los Círculos políticos y en nuestra sociedad, donde era muy estimado, ha producido su fallecimiento sincero y hondo pesar.

Triste es la vida, querido amigo, y usted que ha pasado recientemente también por duros golpes, podrá apreciar ahora como pocos la realidad de esa tristeza.

Pero la vida es complicada, usted lo sabe asimismo, y cuando para unos se ofrece con duelos, muéstrase regocijada con otros, y así va repartiendo penas y alegrías para que todos sepamos aprender á sufrir las unas y saber apreciar las otras.

Vayan, pues, unas cuantas noticias satisfactorias que me complazco en recoger. Ante todo sabrá usted que los barones de Woelmont, que tantos afectos dejaron aquí, se hallan ya en Roma, donde el distinguido diplomático se ha posesionado de su puesto de consejero de la Legación de Bélgica. Y lo satisfactorio de esta noticia es que la sociedad de Roma ha acogido á los barones de Woelmont con la misma simpatía que despertaron éstos entre nosotros. Entre nosotros, que lamentamos muy sinceramente su ausencia.

También puedo decirle algo de bodas. En la parroquia de Santiago se celebró el otro día el enlace de la bellísima señorita María Mascías y Rodríguez de Castro, con el joven doctor D. Rafael de Ulecia y de la Plaza, hijo del doctor de igual nombre y apellido, de tan grata memoria.

Los desposó y celebró la misa de velaciones el celoso cura párroco de Pozuelo, D. Emilio Dupuy.

Fueron padrinos la distinguida madre del contratante y el respetable padre de la desposada.

Concurrieron como testigos, por la novia, su hermano D. Eduardo y su tío D. Mariano Rodríguez de Castro, y por el novio, su primo D. Manuel Prieto y el doctor D. Luis García Andrade.

La ceremonia religiosa tuvo carácter familiar por el riguroso luto que viste el novio por muerte de su malogrado hermano D. José Luis. Cantó una plegaria primorosamente la linda señorita Emilia Pérez Montero.

Los novios, después de recibir la bendición nupcial y las felicitaciones correspondientes, á las que deben unir la nuestra afectuosa, se trasladaron al convento de las Reparadoras á rezar la estación y entregar el ramo de flores de azahar que llevaba la novia.

Más bodas, aunque no en Madrid. En Segovia se ha celebrado la de la señorita de Torre Cambreny, hija del conde de Torre Pando, con el capitán de Artillería D. Juan de la Mota. Asistió al acto numerosa concurrencia.

En Barcelona, el obispo de Vich bendijo el enlace de la señorita Rosario Bosch-Labrús, con D. Manuel de Castellví, hijo del teniente general del mismo apellido.



Sra. Baronesa de Woelmont, esposa del nuevo consejero de Bélgica en Roma.



Marquesa viuda de Castellanos y de Monroy, distinguida colaboradora de VIDA ARISTOCRÁTICA. Su cuadro de costumbres «Oro Viejo» no lo habrán olvidado seguramente nuestros lectores.

Firmaron el acta como testigos, por parte de la novia, sus tíos D. Fernando de Borbón, duque de Dúrcal; D. Luis Bosch-Labrús y D. Arturo Valbuena, y por parte del novio, el grande de España marqués de Sentmenat, el coronel de Caballería y gentilhombre de Cámara D. Francisco de Mercader y de Zufá y el marqués de Barbará y de la Manresana.

Además, en París se ha concertado el matrimonio de uno de los nobles franceses que ostentan la grandeza de España—el duque de Monchy, condecorado con la cruz de guerra—, con Mlle. Marte de La Rochefoucauld-Dondeauville, hija de los duques de Dondeauville y nieta del Príncipe Constantino Radziwill.

Otro matrimonio concertado—y este ha sido en Madrid—es el de la encantadora señorita Cristina Falcó y Alvarez de Toledo, hija de los marqueses de la Mina, y D. Leopoldo Sáinz de la Maza y Gutiérrez Solano, conde de la Maza.

La petición de mano se ha celebrado recientemente y la boda se anuncia para el próximo otoño.

La novia, nieta de la duquesa de Fernán Núñez, es por su padre una Falcó y Osorio, y por su madre una Alvarez de Toledo y Gutiérrez de la Concha. Pertenece, por lo tanto, á dos ilustres familias de la aristocracia española, de las que más respetos y simpatías gozan.

Mas á los prestigios de los apellidos que ostenta se unen en ella la circunstancia de ser una de las muchachas más encantadoras y bondadosas de nuestra juventud, pues con la belleza heredó de su madre las virtudes que la han hecho acreedora al cariño que todos sienten por ella.

Cuanto al novio, es persona muy estimada en los círculos sociales por su patriotismo, por su caballerosidad, por su intrepidez y habilidad en los deportes, por su carácter franco y simpático.

Pertenece á una antigua y noble familia de la Montaña y es caballero de la Orden militar de Calatrava y mayordomo de semana de Su Majestad.

Al surgir la guerra de Melilla fué uno de los primeros en acudir como voluntario á pelear por su patria, y alistándose en las fuerzas regulares indígenas como soldado, peleó bizarramente, haciéndose acreedor por su comportamiento al elogio de sus jefes y al cariño de sus compañeros.

Con motivo de la petición de mano se han cruzado entre los novios magníficos presentes.

No cabe duda de que será esta boda un acontecimiento gratisimo para la sociedad madrileña.

También se celebrarán en breve los enlaces de la bella señorita Josefa Romero Ocha, hija de los marqueses de Romero-Toro, con el Sr. D. Manuel Soler Labernia, y de la no menos bella señorita Germaine Sterling, con el joven doctor en Medicina D. Rafael Aguirre.

Ultimamente ha habido unas cuantas reuniones agradables, que han sido precursoras de los viajes de verano.

De ellas fué una de las más distinguidas la comida que ofrecieron á varios amigos el embajador de Francia y la condesa de Saint-Aulaire. Con ellos y su bella hija se sentaron á la mesa el embajador de los Estados Unidos y Mrs. Willard, el de Inglaterra y lady Isabella Howard, la duquesa de Montemar, la marquesa y el marqués de Mohernando, marquesa y marqués de Valdeiglesias, el ministro de Polonia, M. Skrzyński; el consejero de dicha Legación, el de la Embajada y Mme. De Vienne, el agregado naval y Mme. Joubert, y el secretario, M. Barbier.

Por último, diré que en casa de los señores de Albéniz ha habido un pequeño baile, muy animado, y que los hijos de los duques de Tovar invitaron la otra noche á un número reducido de muchachas y muchachos amigos suyos, con objeto de pasar unas horas bailando.

Ahora tengo ya preparado el kilométrico y me voy á las playas del Norte. ¿Quiéreme usted algo de por allá?

EL CABALLERO ENCANTADO

Impresiones de viaje. 2 2 Brujas

UNA lluvia pertinaz y fina como ligera pulverización caía cuando, cruzando el muelle, llegué hasta el vapor, instalándome sobre cubierta á popa; los asientos vecinos están casi desiertos, sólo algunos chicos, provistos de sus «Kodaks», obtienen fotografías; la mayoría de los viajeros, temerosos del mal tiempo, se resguardan en las cámaras, mientras nosotros, más valientes, preferimos gozar del paisaje. Los marineros colocan las toldillas, sueltan las amarras, las máquinas se estremecen, lanzan, por fin, un estridente silbido, los que se van dicen adiós á los que se quedan, y, mansamente, como deslizándose, se pone en marcha el barco, esfumándose á medida que avanzaba la negruzca mancha de los edificios de Ostende, surcando majestuosamente las tranquilas aguas del canal, bordeado siempre por el verdor de sus infinitas praderas, cuya monotonía altera únicamente la silueta de algún molino capaz de hacer soñar á nuevos Quijotes.

Las densas nieblas ruedan en revueltas y disgregadas masas, evaporándose á toda prisa, dejando transparentar el firmamento inundado de luz, rojiza en gran parte del alto y aun confuso horizonte de donde parecía venir, detrás de unas inmensas moles de color violáceo, surgiendo al mismo tiempo el disco de fuego parecido á rodela de cobre recién sacada del horno. La atmósfera titiló á su presencia, las brumas se irisaron y la naturaleza entera tuvo estremecimientos de ternura. Había transcurrido una hora cuando empiezan á distinguirse las puntiagudas agujas de las torres, anunciadoras de la histórica ciudad. Efectivamente; el barco se detiene, le amarran al puerto, levantan las compuertas y saltamos á tierra los pasajeros.

El sol ha vuelto á obscurecerse, y un tinte de melancolía envuelve las estrechas callejuelas, constituidas por blasonados palacios, casa de beneficencia (pregonadoras de la esplendidez de los devotos tiempos en que se construyeran) y viviendas más modestas, en alguna de las cuales tuvieron su taller los célebres pintores gloria del arte flamenco, salpicando sus muros con el destello de alguna lucecilla que desde el clásico farol alumbraba al patrón del barrio, haciendo musitar una plegaria al paso de alguna vieja, mientras hace surgir al visitante las figuras de los Alba, los Quijada, los Plantin, los Escobedo y tantos otros de la época de su grandeza ya que su historia se remonta nada menos que al siglo VIII, cuando Brandin I, llamado «Brazo Fuerte», fundó la dinastía de los condes de Flandes, y en un mercado que se celebraba los viernes, después del asesinato de Felipe el Bueno, el pueblo eligió á Tijerri de Alsacia primer conde de Flandes, el 30 de Marzo de 1128, dando la siguiente respuesta al representante del rey de Francia que quería enviarles al conde Guillermo de Normandía como soberano:

«Decid á vuestro señor que Guillermo es indigno de la corona condal, y que sólo á la nobleza y al pueblo de Brujas compete escoger soberano».

En el siglo XIII tuvo gran comunicación con el mar del Norte, Venecia y Chipre, haciendo todo el comercio con Inglaterra y recibiendo los productos de la India, Lombardía, Venecia y los pueblos del Báltico, llegando á tal grado de importancia comercial que diecisiete naciones enviaron sus representantes; la muralla de defensa tenía siete kilómetros,

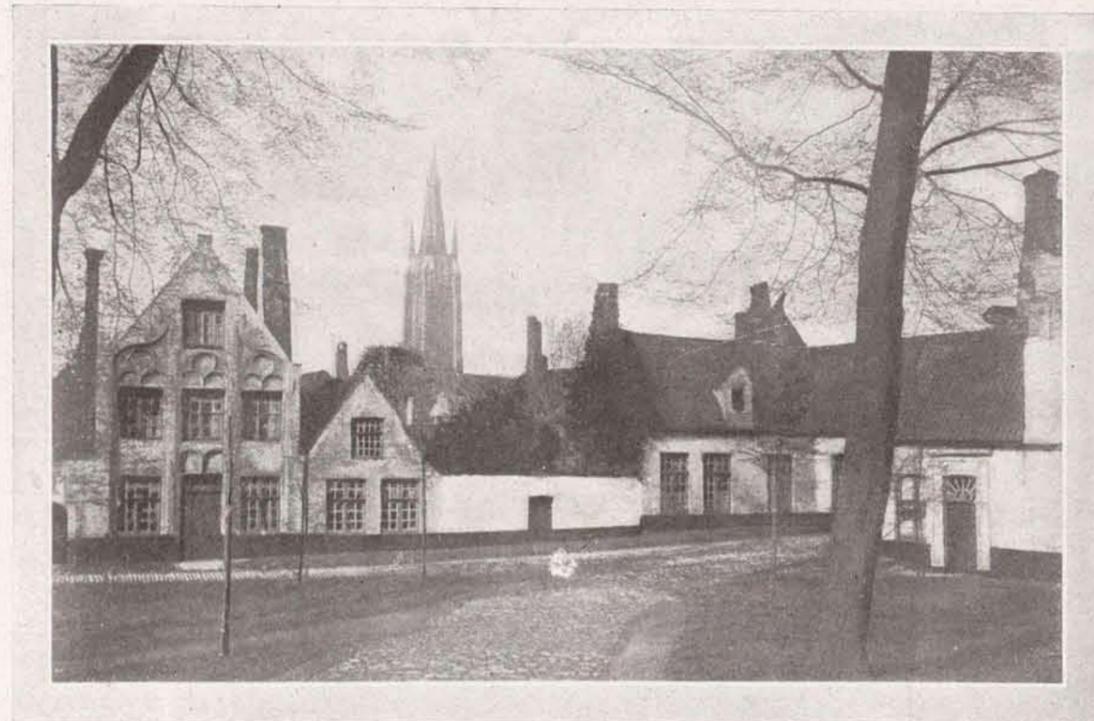
reconstruída en 1297, y su población era entonces de 200.000 habitantes, habiéndose reducido hoy á 60.000.

Cuando la Infanta de España doña Juana, hija de la Reina Católica, hizo su entrada solemne, á la vista del lujo desplegado por las damas de Brujas, exclamó: «Yo me creía la sola Reina, pero veo muchas á mi alrededor», y también el Dante, en capítulo XV del «Infierno», hace mención de su poderío y de sus célebres diques excitando la admira-



ción de los pueblos del Sur; pero hasta mediados del siglo XV no llegó á su mayor grado de esplendor, cuando los duques de Borgoña, secundados por una legión de artistas, edificaron las célebres obras que constituyen hoy el orgullo de la ciudad; pero como todo poder humano apenas toca la cumbre empieza su descenso, al finalizar el mismo siglo las luchas políticas señalan su decaimiento, legando su herencia al puerto de Amberes, continuando más tarde, en el siglo XVI, su agotamiento con las guerras civiles, y bien pronto de aquel esplendor no queda sino el recuerdo.

De sus antiguas murallas, destruídas en el siglo XIX, sólo restan en pie las cuatro puertas; atravesada



mos la de Gante, de granítica piedra, evocadora de la de las Visagras, en Toledo.

La iglesia de Santa María es la principal, de estilo ojival primitivo, construída en el siglo XIII; mide en su interior 72 metros de largo por 50 de ancho y 21 de alto, estorbando la perspectiva el coro y la cruz que lo remata, colocado todo ello en 1549. Alrededor existen varias capillas con notables lienzos, entre los que sobresalen la «Adoración de los Magos», por Henry Blaes; «Cristo y Emaus», por Van-

oest; así como un grupo escultórico en mármol blanco ejecutado en 1503 por Miguel Angel y muy elogiado años más tarde por Alberto Durero. El altar mayor, de mármoles blanco y negro, aparece rodeado por los escudos de los caballeros del Toisón que asistieron en 1468 al gran capítulo de la orden allí celebrado, pudiéndose apreciar entre ellos los heráldicos cuarteles más conocidos de nuestras grandes casas. En medio de las capillas, á la derecha, se encuentran los sepulcros de Carlos el Temerario y de su hija María de Borgoña, mujer de Maximiliano de Austria, muerta á los veinticinco años, en 1482, extinguiéndose con ellos aquella gran dinastía. Las estatuas del padre y de la hija son de tamaño natural, de bronce dorado, recostadas en sarcófagos de mármol. La tumba de la Infanta es una primorosa obra de arte de estilo gótico, hecha en 1495 por el notable escultor Pedro Bekere. La del Emperador es copia de la anterior erigida por Felipe II á su tercer abuelo en 1559 y ejecutada por Jonghlink, de Amberes, costando 24.395 florines y ostentando el lema del gran César: «Non Plus Ultra».

En frente se encuentra el antiguo Hospital de San Juan, al que da acceso sombrío portalón que, comunicando con un patio, desemboca en el claustro, donde se halla la sala de Capítulos, convertida hoy en Museo, que si bien reducido en objetos es muy grande en calidad. Compónenlo la obra maestra de Mémling. La primorosa arqueta en forma de capilla gótica, compuesta de seis cuadros, llamada «La caza de Santa Ursula», representando la leyenda de la santa, hija de un Rey Bretón, que siendo cristiana abandonó su país con once mil compañeros, por no acceder á casarse con un príncipe pagano. En frente, un cuadro pintado por Rist, en 1479, representando la Virgen; á continuación, la «Adoración de los Magos», la «Natividad» y la «Presentación», de Mémling; una «Piedad», de Neuenhave, y una notable «Huída á Egipto» de Van-Dik.

Saliendo del Hospital tomé por la calle de Santa Catalina hasta llegar á un sencillo puente en que descansa vieja portada ojival tapizada de enredaderas que, cruzando sobre el «Lago del Amor», ofrece en aquella rinconada rodeada de medioevales edificios uno de los paisajes más sugestivos que pudiera soñarse. Al penetrar en el patio (un patio mezcla de convento y de campo santo), rodeado de árboles, entre los que descuellan el sauce y el ciprés, divisamos la capilla del monasterio, á cuya sombra se cobijan las casitas muy modestas y de un solo piso que constituyen el «Beguinage», orden creada por Lamberto de Begue en el siglo XII, al que debe su nombre, fundada para proteger á las segundonas de las grandes casas, que llevándose los mayorazgos las fortunas y no encontrando maridos propios á sus deseos y á sus rangos se dedicaban á una vida semimonástica, habitando cada una en su vivienda con su criada,

sin pronunciar votos, pero asistiendo á los actos de comunidad. Para ser recibidas necesitan un dote anual de 110 francos y 500 de entrada, siendo nombrada la Grande Dame por el obispo, y ejercitándose todas en obras benéficas y fabricación de ricos encajes. Estas simpáticas beguinas, con sus hábitos azules de luengas colas, rematados por albas tocas, constituyen con sus manos marfileñas como figuras arrancadas de viejos primitivos.

LYS.

Antaño ó Un Corpus viejo en Madrid

Impresiones de

«Una Colegiala Desenvuelta»

PUES señor, ¡qué pocas veces, pero qué poquitas, me he emocionado como me emocioné la tarde que asistí, en el Teatro Real, al festival artístico que organizó la Asamblea Nacional del Apostolado de la Oración! Hace de esto mes y pico, ya lo sé; pero, vamos á ver: por el hecho de no haber tenido usted, hasta ahora, sitio material en su Revista, ¿me voy á quedar, señor Casal, sin poder darle á usted cuenta de uno de los actos más bonitos que he presenciado en mi vida? Y conste que le llamo bonito, porque para mí es bonito todo lo que, siendo artístico, hace algo más que recrear la vista y el oído y sabe llegar al corazón. ¿No es bonito procurar, con un derroche de arte, que nuestra religión se extienda y que las buenas creencias se afiancen?

Yo no sé si digo todo lo que quiero; pero como usted y acaso sus lectores comprenderán de seguro lo que deseo decir... no digo más.

Lo que sí puedo asegurarle es que desde que me senté junto á mi tía en una de esas cómodas butacas del Real, hasta que, ya al final, me levanté para volverme á aplaudir á los Reyes, todo fué para mí sorpresa, agrado y emoción. A mi tía le puse el brazo negro de cardenales á fuerza de pellizcos. Y es que yo, cuando me pongo nerviosa lo pago dando pellizcos á la primera persona que encuentro á mi alcance. Se lo advierto para que, si alguna vez me ve emocionada, se ponga usted á respetable distancia mía, porque... no respondo.

El caso es que como digno remate de los actos celebrados por los assembleístas del Apostolado de la Oración, organizóse este festival del Real, y que, tal fué su éxito, que hubo que repetirlo á los pocos días.

¿A quién se debió el milagro? ¡Ah! Pues principalmente á un hombre simpático, si los hay; listo, si existen, y entusiasta propagador, como pocos, de nuestra religión. ¡Victor Espinós, señor mío! ¿No lo había adivinado? Yo le admiro desde hace tiempo, porque leo unas crónicas que, con seudónimo, publica todas las semanas en un semanario católico. Cuando me dijeron que el autor de la obra que se iba á representar en el Real era el mismo de mis crónicas predilectas me alegré mucho, porque como he estado siempre de acuerdo con sus jui-



La niña que perdió el cintillo: Señorita de Luca de Tena.

cios, me figuraba que ahora también estaría conforme con su obra.

¡Y vaya si acerté! ¡Conforme, pero rete conformísima! Hubo primero una parte de concierto á cargo

llegan ó no y luego, según una ú otra cosa, afirmo que están ó no están bien. Y digo y aseguro que aquello estaba pero muy requebién. Además, un señor que estaba junto á mí, en la butaca del otro lado y que parecía muy entendido, no cesó de elogiar, primero la presentación de la escena, luego la propiedad y riqueza de los trajes, después la gracia, la cultura, la habilidad y el alcance de los diálogos, más tarde la oportunidad y buen acierto tenidos para escoger la farsa sacramental de *Las bodas de España*, y, por último, el inmejorable resultado conseguido en los conjuntos, con los que se dieron afortunadísimas presentaciones plásticas que transmitieron al público honda emoción.

—¡Esto es hacer arte puro y éstas son empresas nobles!—exclamó mi vecino cuando la representación hubo terminado.

Y yo pensé que tenía razón, y que actos como éste que hablan al sentimiento y elevan los corazones, son de una segura eficacia para la obra social que todos estamos interesados en ver realizada.

Pero observo que aun no le he contado lo que es *Antaño* ni cómo fué el retablo representado.

La acción transcurre en una plaza de Madrid. Al fondo, la catedral. A la derecha del espectador, un trono bajo dosel. A la izquierda un tinglado para los comediantes de la farsa. Mucha animación, mucha alegría. Estudiantes hambrientos y traviosos, pícaros redomados, la niña que, en el jaleo de la muchedumbre que espera la procesión, pierde su cintillo y no lo encuentra hasta que uno de los pícaros, prendado de su belleza, simula hallarlo, cuando, en realidad, se lo había robado anteriormente; el ciego de las coplas que canta rodeado del pueblo; vendedoras, soldados... ¡qué sé yo! Todo un cuadro de época y de vida, llevado á la escena con talento y con ingenio.

Luego, la procesión que llega. ¡Qué solemne! ¡Qué bien! Y la Princesa Isabel Clara Eugenia y el Rey D. Felipe II que, entre la admiración y respeto de todos, ocupan sus siales en el trono.

Después vienen los cómicos á representar su farsa ante el Monarca. Y con la venia de éste, aparecen las figuras de los comediantes en el tinglado.

¿Qué es la farsa de *Las bodas de España*? Yo no me atrevo ya á contar esto. Pero he hallado cómo el propio Victor Espinós lo relata al decir que la farsa fué estrenada en Toledo en 1570 (precisamente el año en que se supone la representación de *Antaño*) y que es de autor anónimo.



España: Sra. de Pellicer.



Felipe II: Sr. Florit.

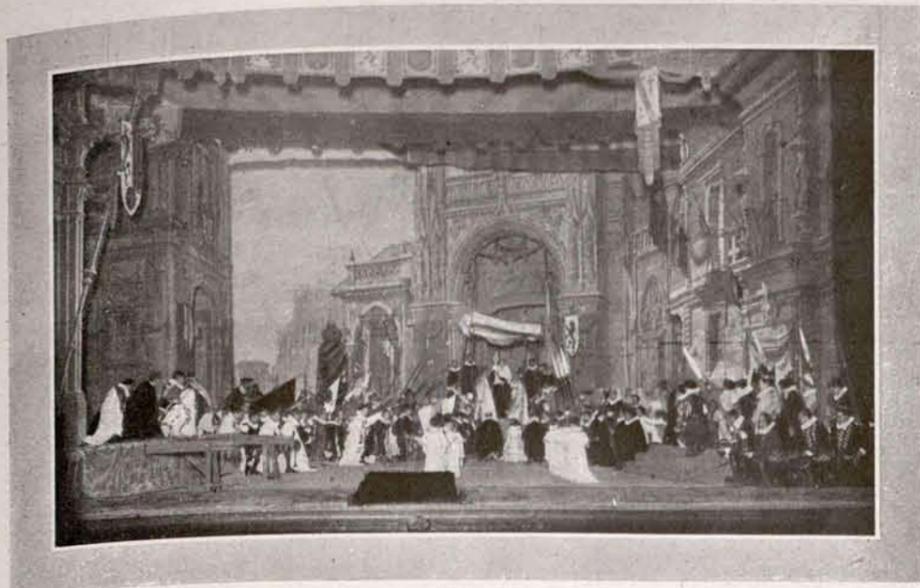
de la orquesta Filarmónica de Pérez Casas que, como siempre, rayó á gran altura.

Y luego vino lo nuevo: el estreno del retablo eucarístico, en prosa y verso, *Antaño ó Un Corpus viejo en Madrid*, compuesto por Espinós, con ilustraciones musicales de Valderrábano, Schubert y Haydn.

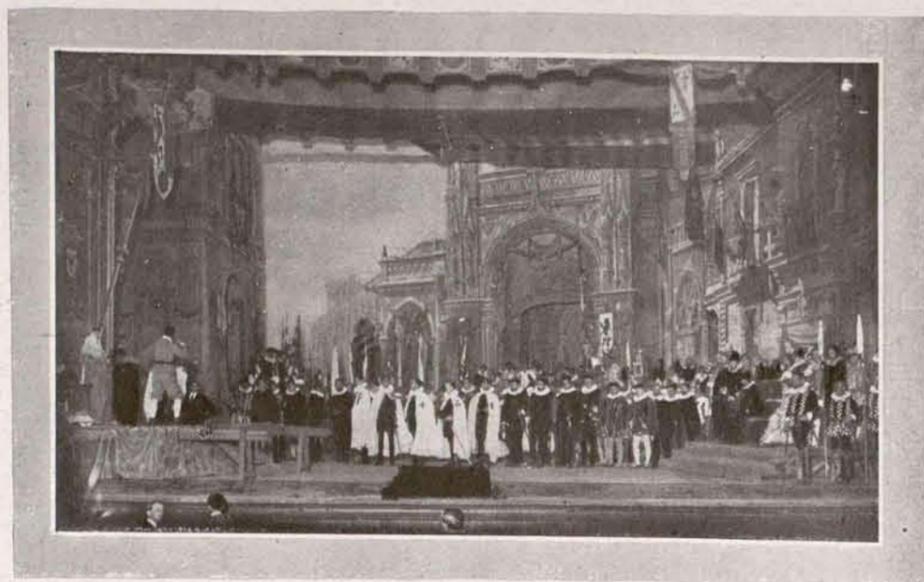
Yo no soy nadie, ni tengo preparación alguna para poder juzgar una obra literaria; yo sé si las cosas me



La Fe: Srta. de Bautista.



La procesión del Corpus.—La bendición.



Una escena del auto «Las bodas de España».

«El anónimo poeta—escribe Espinós—pinta en una «regia estancia» á España y á su madre la Historia, que resuelve buscarle marido, diciéndole:

—España, mi hija querida;
tu discreción y tu edad
me solicita y convida,
para que con brevedad
busque sosiego á tu vida.

España se aviene, y, entonces, llamados por el Tiempo, «gran casamentero», advienen los pretendientes, que son: la *Ignorancia*, socarrona y maliciosa, que dice á todos lo que quieren y aun lo que no quieren oír, pero que humildemente se conforma á servir á España, ya que no pueda mandarle; la *Guer*ra, que ofrece sus arrestos marciales y que es rechazada porque

agora no conviene
que con España caséis;

la *Hambre*, que cree ser «la única guerra, que no puede ser vencida»; la *Tristeza*, de cuyos males nadie en el mundo, valle de lágrimas, puede librarse, y, por último, el *Amor Divino*, á quien la *Fe* introduce y que se casa al cabo con España que, de hinojos ante El, exclama reverente:

Sacro y Soberano amor:
Tu sierva soy, mi Señor.
Haz de mí á tu voluntad,
que con perfecta humildad
recibiré tu favor.
Sólo una merced te pido
que si tú fueres servido,
me des tus manos benditas
y que, Señor, no permitas,
que yo merezca tu olvido.

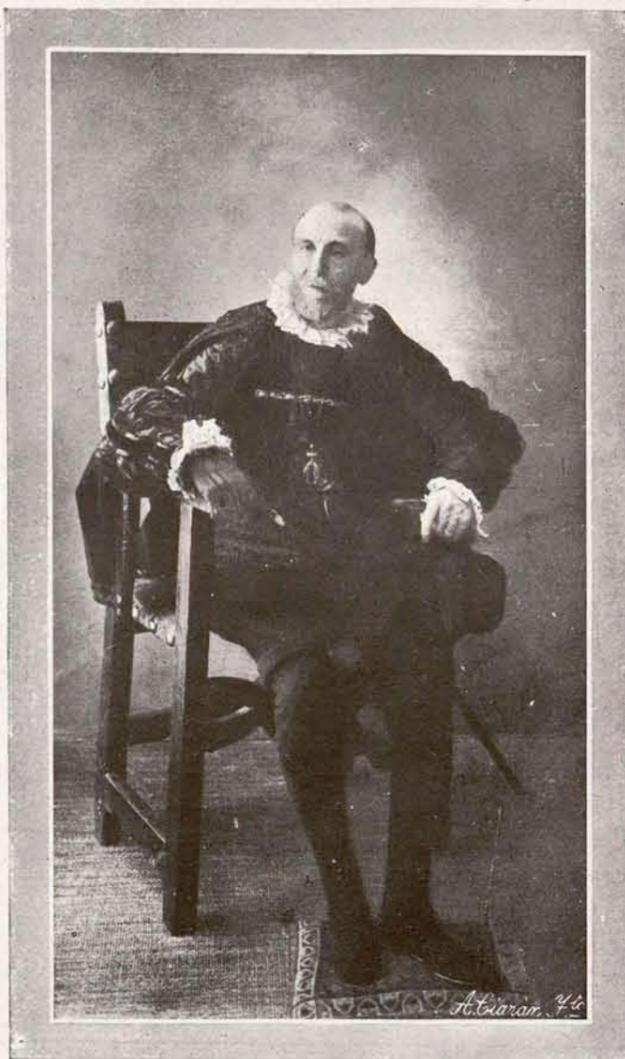
El *Amor Divino*, con efusiones en que se transparenta el fin sacramental, eucarístico, de la farsa se exalta diciendo estas palabras que alguien podría tomar, sin grave daño, como poético anticipo del «reinaré en España con más amor que en otras partes».

—¡Españoles os llamáis?
¡Seguidme, que español soy!
y en todo lugar estoy
para que todos podáis
ser mis convidados hoy.»

Hasta aquí lo que dice Espinós. Luego viene uno de los mayores aciertos. Y es que el adaptador puso á la farsa como remate un oportunísimo y precioso romance-profecía, puesto en boca de la *Fe*.

Dice así, en sus párrafos principales:

«Un Rey España tendrá
(cuando aquesta Monarquía
en la noche del horror
será una antorcha encendida),
que, con esforzado pecho,
y en aras de su fe viva,
ofrende la su corona
de oro y plata y pedrería
á los pies del otro Rey,
el coronado de espinas,
el oprobio de los hombres,
que del Calvario en la cima
muerte de Cruz acetó,
por más baja y más indina,
clamando con voz entera



Don José María Florit encarnando la figura del Rey Felipe II.

que entero el reino confirma;
—¡Tuyos mi cetro y corona!
¡Tuyos mi reino y mi vida,
Corazón sacramentado
de Jesús!... ¡Dulce me mira,
Redentor!... ¡Rey de los Reyes!
¡Señor de los que dominan!...
.....

Testigo el Tiempo me sea:
tal verdad la Historia escriba;
no os espante mi decir
con color de profecía.
¡Soy la *Fe*!... Y es condición,
por la permisión divina,
que un velo puso en los ojos
de la *Fe*, que así se humilla,
atalayar lo remoto,
ver lo que no está á la vista...»

Con esto termina la farsa. Los cómicos descendiendo del tablado y son felicitados y recompensados por el Monarca. Este y la Princesa se disponen á marchar con su séquito de damas, caballeros y pajes, y entonces...

¡Ah! Entonces se produce un momento culminante. En el atrio de la catedral aparece el arzobispo y, con la sagrada custodia, da á todos los presentes la bendición, mientras que huele á incienso y mientras que del escenario y de la sala del teatro surgen fervorosas plegarias primero y vivas á Jesús y á la Religión después.

Este es el espectáculo. ¡Y cómo fué interpretado, señor Casal! Todos estuvieron á cual mejor; bástele saber que fueron los afortunados intérpretes la señora de García Zurita, las señoritas de Hernández, Bautista, Piñana, Luca de Tena, Díaz y Escalona, la niña S. Cervera y los señores Florit, Comba, del Arco, Cervera, Calvo Sotelo, Pellicer, Morán, López Montenegro, Marín, Fresno, Sánchez Guerra, Soler, Aguilar, Luz y Sánchez Cervera. Estos artistas distinguidos, cuya afición les lleva á realizar toda empresa de arte, fueron ideales colaboradores del señor Espinós. Para éste y para ellos, así como para los señores Paris, Cabello Lapiedra y otros que tomaron parte en la dirección artística y escénica y para el señor Pérez Casas y su orquesta, admirables en la versión de las ilustraciones musicales, fueron los aplausos entusiastas y constantes.

Al final, ¡no sé cuántas ovaciones sonaron! Y ellas se juntaron á las dirigidas á la Familia Real, que había asistido al hermoso espectáculo.

Yo salí del Real dando brincos interiormente; como si sintiese corrientes eléctricas. ¡Tan nerviosa estaba! Tanto fué que, mi tía, acordándose de su brazo dolorido por mis pellizcos, me cogió de uno de mis brazos y me dijo, ya un tanto seria:

—Mira, niña: otro día se sienta á tu lado la estatua de Cristóbal Colón.

UNA COLEGIALA DESENVUELTA.

Si nos gustan los jardines es porque tienen flores.

Las flores de la vida son las mujeres.
Las flores de las mujeres son los niños.
Nada más bello que una madre.
Nada más encantador que los hijos.



«España adorando la Fe»: Sra. de Pellicer y Srta. de Bautista. Fots. Satué.

'EL HOMBRE DE MUNDO'

No voy á hacer ahora la crítica de esta preciosa comedia, original de D. Ventura de la Vega, porque no es ocasión oportuna de ello y es obra ya juzgada por plumas que honraron la literatura española, ni voy á echar mi cuarto á espaldas con la pretensión de descubrir uno de los más legítimos éxitos de nuestro Teatro.

El encontrar sobre mi mesa estas lindísimas fotografías que pongo á tu vista, simpática y bella lectora ó amable lector, me da pie para dedicar estos renglones á una de las obras escénicas que los empresarios y actores tienen injustamente olvidadas, porque se ha perdido la noción de lo que es el verdadero arte dramático, y este teatro hoy *no da dinero*.

Tal género ya *no se lleva*, por desdicha, y sólo algún amante de lo bueno y de lo bello lo desentierra de vez en vez, recordando á sus agradecidos que «aun hay patria, Veremundo».

Son reliquias que quienes por su cultura, su inteligencia ó su abolengo artístico guardan, sacan á relucir en ocasiones como trofeos de imperecederas glorias, haciéndonos ver de pasada, que aunque nos tengan en tinieblas los oscuros salones de *cine* ó las polvorientas nubes que con su vertiginoso rodar produce el *auto*, no se borra del horizonte la pretérita grandeza, que es alivio confortante de los entristecidos románticos que lloran con la marcha de la vida aquella desaparición.

Nada nuevo digo; pero sí repito con gusto que «El hombre de mundo» es una de las comedias más humanas y de más constante actualidad de cuantas ha producido el genio dramático español; una de las más afortunadas creaciones de la inspiración de Ventura de la Vega, á las que debe su nombre perdurable memoria, y uno de los triunfos más grandes entre los infinitos que tuvo en su vida artística, según cuentan las crónicas de su tiempo, el celebrado é insigne actor D. Julián Romea.

La distinguida *actriz* (porque es una artista consumada) Rosarito Muro, defiriendo amablemente á mi ruego, me ha enviado estas fotografías, porque yo creía que no debían permanecer ignorados esos recuerdos de las lucidísimas representaciones que



Fot. Martínez Sánchez.

Don Julián Romea, en el año 1862.

se verificaron en el teatro de la Princesa, respectivamente, los días 15 de Mayo y 5 de Junio á beneficio, la primera, del Taller de Nuestra Señora de la Esperanza, que preside la virtuosísima y distinguida señora D.^a Esperanza García Torres de Luca de Tena; y, la segunda, de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, de esta Corte, siendo lo fundamental del programa «El hombre de mundo».

Representaron la obra admirablemente, y vestidos con la propiedad y el detalle que puede verse, con el siguiente reparto:

Clara, Rosario Muro.
Emilia, Nolita Comas.
Benita, Teresa Hernández.

Don Luis, Ramón López Montenegro.
Don Juan, Luis Soler.
Antoñito, Antonio Morán.
Ramón, Xavier del Arco.

El recuerdo de la famosa comedia, y el delicioso rato que esta representación tan acabada y perfecta me hizo pasar, llevóme al rebusco de entre *las cosas* que, por mi chifladura por el teatro, guardo, y me encontré con unos apuntes que juzgo interesantes y con los que creo que pueden pasar un rato entretenido los lectores de *VIDA ARISTOCRÁTICA*, porque perfume es este de los recuerdos de la predilección de aquellas personas de refinado y exquisito gusto apegadas á lo caballeroso, poético y recatado de aquellas épocas en que la urbanidad y las costumbres eran radicalmente distintas de las actuales, y en las que predominaba una pudorosa, quizás fingida, pero encantadora cortedad, que hacía á la *dama* reina del corazón del hombre, porque el alarde de independencia y el descoco no se mostraban en ella como única razón del deseo de ser *hembra*.

D. Ventura de la Vega, el discípulo predilecto de Lista y Herosilla, representó, él mismo, quince ó veinte días antes del *estreno oficial* y á instancias de D. Julián Romea, el *Don Luis*, de «El hombre de mundo», en el Liceo Artístico y Literario, centro donde se reunían los aficionados al Arte y *hacían* comedias y música y se hallaba instalado en el palacio de Villahermosa, donde residió la inolvidable marquesa de Squilache.

Desempeñó el papel de *Don Juan* D. Ignacio Escobar, abuelo del actual marqués de Valdeiglesias, y el de *Clara*, la aplaudida actriz Isabel Luna.

Entusiasmado Romea con la comedia y viendo en ella motivo para una de sus más portentosas creaciones, la estrenó ante el público del teatro del Príncipe en Octubre de 1845, con el siguiente reparto:

Don Luis, Julián Romea.
Don Juan, Florencio Romea.
Antoñito, Mariano Fernández.
Clara, Matilde Díez.
Emilia, Teodora Lamadrid.

Escena final del acto tercero.

Luis (entrando) ... ¡A su lado está!



Srtas. Rosario Muro y Nolita Comas y señores Morán (Antonio), López Montenegro (Ramón) y Soler (Luis).

Fot. J. Segura.

Benita, Plácida Tablares.
Ramón, Antonio Guzmán.
 ¡Casi nadie! ¡Cuánto nombre glorioso pasado á la historia! ¡Cuánto arte y cuánto genio desaparecido y ya casi olvidado!

En la calle de Isabel la Católica, número 12, casa del distinguido diplomático D. Antonio Orfila, donde se hicieron memorables representaciones dramáticas, volvió á representar Ventura de la Vega «El hombre de mundo», con este reparto tan interesante como curioso: *Don Luis*, Ventura de la Vega; *Don Juan*, Ricardo de la Vega, su hijo, que luego fué el celebrado sainetero; *Antoñito*, Ventura de la Vega, otro hijo de D. Ventura; *Clara*, Laura Orfila, hija de los dueños de la casa; *Emilia*, Enriqueta Lamadrid, hija de la insigne Teodora; *Ramón*, el célebre maestro Barbieri, y *Benita*, Plácida Tablares, esposa de D. Luis de la Escosura.

El año 1879, en el teatro de la Comedia y á beneficio de los inundados de Murcia y para despedirse de la escena Teodora Lamadrid, tuvo lugar otra representación de «El hombre de mundo», en la que hizo el *Don Luis* Ricardo de la Vega y el *Don Juan*, el que también fué aplaudidísimo autor Eusebio Blasco, que dijo al final unos inspirados versos que acababa de componer y fueron digno remate de aquella fiesta inolvidable para los que la presenciaron.

María Tubau, también logró un gran éxito en el papel de *Clara*, y en la Sociedad *El Teatro*, verdadera escuela de declamación que me enorgullezco en confesar que fuí uno de sus fundadores y su presidente y que constituyó un *vivero* del que salieron gran parte de nuestros mejores artistas dramáticos contemporáneos. Ricardito de la Vega, hoy admirable actor que dirige artísticamente la compañía de Martínez Sierra, representó la obra de su abuelo, ganando muchos aplausos y no poco terreno para obtener después el puesto tan honroso que ocupa en la escena.

Por último, el día 11 de Diciembre, los aristocráticos artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, inauguraron la temporada de 1910-1911 del teatro de la Princesa con la lindísima comedia, haciendo un alarde más de su buen gusto y de su arte extraordinario.

En aquella representación hizo el papel de *Don Juan* Emilio Thuiller.

Rosario Muro y las distinguidos y ya enumerados señoritas y caballeros que últimamente han repre-

sentado «El hombre de mundo», además de sus méritos, ya reconocidos, han demostrado su amor al Arte, y nos han proporcionado la alegría de pensar que todavía hay quienes ponen su actividad y sus condiciones excepcionales al servicio de causa tan noble y grande como la de dignificar la escena honrando al teatro español con su amor y su trabajo.

XAVIER CABELLO LAPIEDRA.



Don Juan: D. Luis Soler.

Vayan ahora unas cuantas líneas por nuestra cuenta, como consecuencia del interesante artículo de Cabello Lapiedra, tan enamorado y tan entusiasmado de nuestro teatro.

Todo lo que sea estímulo para regenerar el verdadero arte dramático ha de hallar en nosotros los más decididos entusiasmos.

Por eso asistimos con suma complacencia á la representación, cuidada é inteligente, de *El hombre de mundo* por la *compañía* que tiene por primera figura á la admirable Rosario Muro.

Efectivamente, la comedia de Ventura de la Vega, «por el primor del estilo, por la versificación fácil, por el profundo conocimiento del teatro, por la verdad de los caracteres y por la magia seductora con que el autor logra hacerlos agradables», es una de las obras más bonitas que se han escrito en castellano. Estas palabras no son nuestras. Son nada menos que de D. Juan Valera, cuya autoridad literaria no admite discusión.

Y ya que hemos citado el nombre del ilustre novelista, bueno será apuntar una iniciativa sugerida por la lectura del estudio crítico que Valera hizo de las obras de Ventura de la Vega.

Según el autor de *Pepita Jiménez*, la obra mejor de D. Ventura no es el *El hombre de mundo* sino *La muerte de César*, tragedia «que apenas halla en castellano obra que con ella compita».

¿Por qué estos distinguidos aficionados «no se atreven» con ella en la próxima temporada?

Tienen condiciones, alientos y cultura que les sobran para esta y mayores empresas. La *Virginia*, de Tamayo; *La muerte de César*, el mismo *Edipo*, de Martínez de la Rosa, merecen la atención de todos los amantes del teatro.

Y el público—ese público que sabe apreciar todo lo bueno—correspondería, sin duda, al intento con su presencia y con su aplauso.

De estas *compañías de aficionados* han salido verdaderos artistas; nosotros hemos visto «nacer» á muchos y con nuestro trabajo y nuestra pluma los hemos alentado siempre, porque allá, en nuestras mocedades, también fuimos *actores* y también nos regaló el espíritu el aplauso del público. De aquí que miremos con marcada simpatía á todas estas agrupaciones artísticas, que tanto trabajan por el florecimiento de nuestra escena y que nos permitamos recomendarles la resurrección de esas obras, olvidadas ó casi olvidadas.

La Agrupación Artística de que Xavier Cabello se ocupa, es de las que se recomiendan por sí solas. Ya la conocéis, ya la habéis visto trabajar. Y VIDA ARISTOCRÁTICA, que rinde siempre el debido respeto y el debido cariño á toda noble iniciativa, se complace en tributar también su aplauso á tan distinguidos como desinteresados artistas.

~~~~~  
*Nada como la Patria, como la Madre, como el Hogar. Deben ser los amores más firmes de nuestro corazón.*



*Srta. Rosario Muro y Sr. López Montenegro.*



*Srta. Nolita Comas y Sr. Morán.*



*Srta. Rosario Muro y Sr. Soler.*

La Srta. de Medina Sidonia  
y D. Rafael Márquez

# Bodas

La Srta. de Finat  
y D. Juan José de Rojas



Srta. María Álvarez de Toledo y Caro



D. Rafael Márquez y Castillejo

**S**ABÉIS quiénes se casaron la otra mañana? Era una mañana de espléndido sol; y es que el sol, penetrando por las vidrieras del templo de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, quiso llegar hasta la frente de una novia gentil, porque traía en uno de sus rayos dos dulces besos de los difuntos duque y duquesa de Medina Sidonia.

Aquellos nobles señores, de tan grata memoria en nuestra sociedad, enviaban su bendición á su hija, la bellísima María Alvarez de Toledo y Caro, hermana del actual duque, en el momento en que se unía para siempre al capitán del cuerpo de Artillería D. Rafael Márquez y Castillejo, hijo de los marqueses de Montefuerte.

Es ella, sin duda, una de las muchachas más bellas y simpáticas de nuestra sociedad; si á ello se unen sus virtudes, júzguese del afecto que en todas partes goza. No fué, pues, de extrañar que al acto de su boda concurrieran muchas y muy distinguidas familias, que así testimoniaron su cariño á los novios.

Cuando éstos llegaron al templo ya ocupaba la nave central numerosa concurrencia.

La iglesia había sido adornada con mucho gusto. En el altar, cuajado de flores blancas, resplandecía la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Grupos de plantas y flores completaban el bello adorno del conjunto.

La señorita de Alvarez de Toledo y el señor Márquez, que habían llegado, con sus padrinos, en coches «de París» de la Real Casa, entraron en el templo á los acordes de la marcha nupcial, de Mendelssohn.

Iba ella del brazo de su hermano el duque de Medina Sidonia, que ostentaba la representación, como padrino, de S. M. el Rey. El daba el brazo á su madre, la marquesa de Montefuerte, que representaba á la madrina, Reina Doña Victoria.

La novia estaba, si cabe, más bella que nunca. Llevaba traje de tisú de plata blanco, y en la garganta un magnífico collar de perlas. Sobre la frente, una fina guirnalda de azahar, que terminaba en las sienes, en dos

blancas rosas, y en la cabeza, el velo de desposada, de blanquísimo tul. Al pasar ante los concurrentes levantó la bella novia un murmullo de admiración.

El señor Márquez vestía su uniforme del Cuerpo de Artillería, de gala, con la cruz de caballero de la Orden militar de Alcántara.

La marquesa de Montefuerte llevaba traje de tonos oscuros, con ricas joyas, y el duque de Medina Sidonia el uniforme de gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre.

Ya ante el altar mayor, ocuparon los novios y sus padrinos sus reclinatorios respectivos. A sus lados, en el presbiterio, colocáronse los testigos, que eran: por parte de ella, su tío el conde de Bornos y Villariezo, su hermano el marqués de Molina, el duque de Sueca, el marqués de Montefuerte y el conde de Villapaterna, y por parte de él, sus hermanos D. José y don Juan Márquez y Castillejo, los marqueses de Martorell y Casablanca y el conde de Floridablanca.

El obispo de Sión, revestido, bendijo el enlace.

Terminada la ceremonia se dijo una misa rezada, en la que ofició el capellán de la casa, D. Angel Nieto Pedregal.

Desde la iglesia, los nuevos esposos y sus padrinos se trasladaron á Palacio, donde cumplimentaron á los Reyes, recibiendo de SS. MM. valiosos presentes.

Después, con las personas más allegadas de ambas familias, se reunieron en espléndido almuerzo en la residencia de los condes de Bornos y de Villariezo, tíos de la desposada.

Los señores de Márquez y Castillejo, por cuya felicidad hacemos votos sincerísimos, marcharon á San Sebastián.

Otra boda. En la capilla del palacio de la condesa viuda de Montarco—fallecida hace un año justo, y cuyo recuerdo perdura aureolado de cariño—se ha celebrado el enlace de la linda señorita Leonor Finat y Rojas, con su deudo D. Juan José de Rojas y Vicente, hijo de aquella dama de tan perdurable recordación.

La señora viuda de Díez Martein y el conde de Finat, fueron los padrinos, y testigos, por ella, el marqués de Carvajal, D. Eduardo Finat, D. Juan Sarriá y el conde de Villamonte, y por él, sus hermanos el conde de Montarco, D. Rafael de Rojas y el marqués de la Regalía.

Sean muy felices estos nuevos esposos.



La Srta. Leonor Finat y D. Juan José de Rojas y Vicente.

Fots. Marín y Ortiz.

# En el Palacio de Montellano

CUANDO aun resonaban en la nación los ecos de las aclamaciones tributadas á S. M. el Rey en Barcelona, cuando la figura de don Alfonso XIII culminaba en su popularidad, unos ilustres aristócratas supieron unir á otras muchas bellas cualidades el don de la oportunidad. Y fueron los duques de Montellano los nobles que tal acierto tuvieron, reuniendo en una agradabilísima fiesta, que presidieron los Reyes, á la sociedad de Madrid, en la noche del mismo día en que el Soberano había puesto fin á su viaje felicísimo.

Todos los concurrentes á la fiesta buscaron y hallaron ocasión para saludar y felicitar al Monarca. Y el Monarca pudo expresar su satisfacción, agradecer los saludos y despedirse, al propio tiempo, de la aristocrática concurrencia, por proponerse partir en seguida, como en efecto lo hizo, para la Sierra de Gredos primero y para Inglaterra después.

Sus Majestades, que llegaron al palacio cerca de las once, fueron recibidos por la duquesa de Fernán Núñez, los duques de Montellano y sus hijos. Momentos antes que SS. MM. habían acudido los Infantes. La Reina Doña Victoria estaba radiante de hermosura.

El traje que vestía, de seda y gasas color rosa, armonizaba con el delicado color de su rostro y el rubio de sus cabellos, que adornaba preciosa diadema de brillantes.

De su cuello pendía magnífico collar de perlas. Su Majestad el Rey iba de frac, cruzando su pecho la banda de Carlos III.

De gris vestía Su Alteza la Infanta Doña Isabel, y de negro Sus Altezas la Infanta Doña Luisa y la duquesa de Talavera.

De tonos oscuros era también el traje, muy elegante, de la Princesa Pedro de Orleans.

Asistían también el Infante Don Fernando y los Príncipes Pedro de Orleans y Raniero de Borbón.

En la amplia terraza de mármol, que cubrían magníficas alfombras y que se hallaba profusamente iluminada, se habían ido congregando los invitados.

El espectáculo que ofrecía el bello parque era realmente magnífico. La *pelouse*, que limitaban al final dos grandes arcos de lámparas eléctricas, era suavemente iluminada por la luna, que reflejaba sus rayos en los bordados de los trajes de las damas y en las valiosas joyas con que se adornaban, haciendo resaltar la varia tonalidad de los mantones de China y las plumas de los abanicos. Era algo muy grato de presenciar, algo muy elegante y artístico.

Después que los Reyes é Infantes hubieron saludado á todos los concurrentes, comenzó el baile, amenizado por los Boldí, que fué iniciado por la Reina con el marqués de Pons y el Rey con la encantadora Paloma Falcó.

Entonces fué ocasión de admirar á la aristocrática concurrencia allí congregada. Llamaban desde luego la atención tres encantadoras muchachas que hacían su presentación en sociedad.

Era una de ellas *Livita* Falcó, la segunda de las hijas de los marqueses de la Mina, primorosamente vestida de blanco y orlada la falda con una guirnalda de rosas, que estaba bellísima; su hermana Cristina vestía elegante traje brochado en oro.

No menos bella Belén Argüeso, que era la segunda señorita que hacía su presentación, y se ataviaba con traje de tisú de plata rosado. La tercera encantadora debutante, María Luisa Lardizábal, es sobrina carnal de S. A. la duquesa de Talavera. Las tres gentiles muchachas llamaron la atención.

También asistían la hija del duque viudo de Nájera, elegantemente prendida, y la señorita hija de los marqueses de Villapanés, que era una gentil representación de la gracia sevillana. Pero el grupo de bellezas juveniles, reunidas en torno de Paloma Falcó, tenía aún más encantos dignos de admiración. Allí estaban la Princesa Fabiola Massimo de Borbón, primorosamente vestida de verde; Totó Aliaga, muy bella, con traje de tul color frambuesa y magnífico collar de perlas; Carmen Viana, de negro con adornos rojos, mantón naranja, collar de perlas y pendientes de esmeraldas; Alicia Tarancón, de negro con adornos verdes y mantón rojo y negro.

La marquesa de Belvis de las Navas, guapísima y muy elegante, vestía traje de raso esmeralda; María Rosa Cayo del Rey, de color fresa, con gran peineta y mantón blanco; Mercedes Pérez Caballero, de rosa

y mantón blanco; la condesa de Torre Hermosa, de azul; Angustias Heredia Spínola, de rojo y mantón negro con flores rojas; Tony Alcedo vestía precioso traje de raso rosa y un abrigo azul pintado por Fortuny. Carolina Bermejillo, de tisú de oro y encaje, y mantón amarillo; Cristina Martínez de Irujo, de tisú de oro y tul marrón, y mantón blanco con flores; María Josefa Camarasa realizaba su delicada belleza en precioso traje negro; de este color era también el de su hermana Cristina, así como el mantón; Casilda vestía de verde y plata; Carmen Viñaza, de negro, con flores de color, y collar de perlas; Blanca Casal, de seda blanca y mantón granate, con flores blancas; Carmen Icaza, de tisú de plata, y mantón color de fuego; Conchita Valdeiglesias, de *charmeuse* verde; Angelita Mérito, de azul; muy gentil asimismo la señorita de Fernández Villaverde.

También figuraban en el grupo las señoritas de Medina Sidonia, Vega, Santos Suárez, Arcos y Caballero, Pimentel, Moreno Osorio, Nájera, Pérez Seoane, Escobar y Kirkpatrick, Saavedra, Collantes, Caro, Bertrán de Lis, Villaurrutia, Martínez de Campos, Castilleja, Fernández de Velasco, Muguero, Ximénez de Sandoval, Pardo y Manuel de Villena, Esteban Collantes y la vizcondesa de los Antrines.

La duquesa de Montellano, la verdadera maga de la fiesta, llevaba un traje de flores de oro sobre tul, muy elegante. Con ella y con el duque se congregaban distinguidas personas del Cuerpo diplomático, tales como el embajador de los Estados Unidos y Mrs. Willard, el de Inglaterra y lady Isabella Howard, el de Francia y la condesa y Mlle. de Saint Aulaire, el ministro de Bélgica y la baronesa y Mlle. de Borhgraeve, el de Polonia, M. Skrzynski; el de Holanda, M. Van-Vollenhoven; el consejero de Francia y Mme. de Vienne, el consejero de Negocios de la Argentina, Sr. Levillier; la baronesa de Woëlmont, el Sr. Calheiros, hijo del antiguo consejero de la Legación de Portugal; Mr. Cecil y otros más. También se hallaban las duquesas de Aliaga, Frías, Sotomayor, Dúrcal, Ahumada, Vistahermosa, Plasencia, Montemar, San Carlos, viuda de Sotomayor, Victoria y Arión.

Marquesas de la Romana, Mina, Scala, Mohernando, Argüeso, Alhucemas, Baztán, Guimarey, Moctezuma, Jura Real, Monteagudo, Santa María de Silveira, Rafal, Ribera, Somosanchó, Santo Domingo, Santa Cristina, Villanueva de Valdueza, Valdeterrazo, Viana, Villarrutia, con su encantadora hija, y Valdeiglesias. Condesas de Aguilar de Inestrillas y viuda del mismo título, Crecente, Campo Fértil, Velle, Catre, Calháriz, Heredia Spínola, Villapaterna, Ribadavia, Torre de Cela y Viñaza; vizcondesa de Eza, y señoras y señoritas de Alvarez de Toledo, Heredia, Creus, Alba, viuda de Muguero, Lardizábal, Pimentel, Muñoz y Rocatallada, Ramírez de Saavedra, Mme. D'Atainville, dama de la Emperatriz Eugenia; Laiglesia, las damas americanas Mrs. Heart y Mrs. Theyer, y otras muchas distinguidas personas.

Como el Soberano deseaba retirarse temprano, se le sirvió primero la cena, sentándose á la mesa de Su Majestad las embajadoras de Francia y de Inglaterra, los duques de Dúrcal y otras personas.

En otra mesa se sirvió luego la cena á los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, á quienes acompañaron los embajadores de Inglaterra y Francia y otros invitados. Con la Reina Doña Victoria, que cenó más tarde, sentáronse á la mesa los duques de Montellano y algunas damas, y con la Infanta Isabel, otras personas de distinción.

Por último se sirvió á los demás invitados. La fiesta, brillantísima y elegante, fué por todos conceptos digna de los nobles aristócratas que la dispusieron.

## CIUDADES ANTIGUAS

### Verona

Por la antigua ciudad del Veronés, paseo esta noche, perdido entre sus calles muertas. Duermen bajo la luna estas casas desiertas. ¡De ningún balcón cuelga la escala de Romeo!...

¡Oh, divina Verona! Egregio panteón, donde yace, entre sombras, la sombra de Julieta. No despiertan tus héroes al canto del poeta. Capuletos, Montescos, ¿dónde han ido, qué son?...

Grandezas de otros días de fastos y de amores, rivalidades, odios, querellas, ¿para qué?... Shakespeare cantó una noche tu gloria en su laud...

Sobre estas tumbas dejo mis coronas de flores, como ofrenda al recuerdo de un tiempo que se fué. ¡Oh, Julieta y Romeo, Belleza y Juventud!...

GOY DE SILVA.

## MUERTE SENTIDA

### La Sra. Viuda de Arribas

DOÑA Concepción Turull y Comadrán, viuda de Arribas, ha muerto. Su fallecimiento ha causado gran pena. Su ausencia—la ausencia de los que se van para no volver—, gran pesar. Y precisamente ha exhalado su último suspiro cuando más soñaba con la vida, cuando más deseaba vivir, cuando más optimismos ponía en su espíritu y en sus ojos más luz, y mayor alegría en su alma.

Porque—sábedlo, lectores—se la ha llevado la Muerte el día mismo en que su hijo, D. Enrique María de Arribas, iba á contraer matrimonio con la señorita María Magdalena de Alaiz, perteneciente á familia catalana muy distinguida. ¡Oh! pícara Muerte, que de modo tan súbito ha tronchado las alegrías de unos enamorados y de sus familias, trocando en tocas de luto lo que sólo hubiesen sido galas de amor.

Que la señora viuda de Arribas estaba delicada, se sabía ya; se sabía que el asma torturaba su corazón y angustiaba su pecho; se sabía que los cuidados de sus hijos amantes atendían con amorosa solicitud la existencia de la ilustre dama; pero ella misma decía en los últimos días encontrarse mejor, sentirse aliviada, y lo que juzgábamos crisis favorable para vivir no era—sin duda—si no la dulce tranquilidad de un tránsito á otra vida mejor.

¡A otra vida mejor! Así será. Así tiene que ser para las almas que, como la de la señora viuda de Arribas, repartieron el bien cuantas veces tuvo ocasión de ello, auxiliando á necesitados, dando alientos á quienes ya no tenían esperanzas, socorriendo á los desvalidos, abriendo su bolsa á quien moría de hambre, como diciéndole:

—No temas morir si yo puedo salvarte.

Y calladamente, modestamente, como se hacen siempre las verdaderas ayudas, doña Concepción Turull oficiaba de hada buena. Aquel día, el día que realizaba una acción así, se consideraba más feliz.

En sociedad—ella gustó de frecuentarla—era muy querida y, por tanto, contaba con numerosas simpatías; pero entre los humildes, la simpatía se convertía en amor. Ahí está la provincia de Cuenca, amén de muchos pueblos de otras capitales, que recibieron de la dama fallecida donativos importantes. ¡Cómo la llorarán!

Murió. Cuando descansaba más tranquila, un violento ataque de asma cortó su vida para siempre. ¿Era posible? Sí, sí. Sobrevino el colapso y al colapso la muerte. No llegó á despertar. Sin sufrir, sin contracción, sin gesto de dolor, abandonó el mundo el día mismo en que el mundo quería que viese cómo su hijo D. Enrique—diputado á Cortes y concejal del Ayuntamiento de Madrid—unía su vida á la de la señorita Magdalena Alaiz.

Pertenecía la finada á una noble familia y era natural de Cataluña, contando setenta y dos años de edad. Estuvo casada con el respetable senador conservador D. Julián Casildo Arribas, no ha mucho tiempo fallecido, que representó en el Congreso el distrito de Cañete y en el Senado á la provincia de Cuenca.

De este matrimonio son hijos: D. Casildo, doña Concepción, casada con D. Leoncio González de Gregorio; doña Pilar, esposa de D. Pedro García Gutiérrez; Sor María, religiosa; D. Pedro, doña Asunción y el citado D. Enrique.

\* \* \*

Su cuerpo descansa ya en la Sacramental de San Isidro, entre flores regadas con lágrimas.

¡Qué sentida manifestación de duelo con motivo del entierro! Por la mañana dijéronse misas en el oratorio de su hotel de la calle de O'Donnell, que oyeron todas las amistades de la dama fallecida; por la tarde, una numerosa concurrencia, que se unía al duelo de la familia, acompañó los restos mortales de la señora viuda de Arribas hasta el mismo cementerio.

Diputados, senadores, amigos particulares y el Ayuntamiento en pleno rindieron á la que tanto supo hacerse querer, el último homenaje, que fué presidido por el director espiritual de la finada, D. Enrique Podadera, los hijos D. Casildo, D. Pedro y D. Enrique, diputado á Cortes y concejal, y los hijos políticos D. Leoncio González de Gregorio y D. Pedro García Gutiérrez.

\* \* \*

Por desgracia tan honda, cuyo dolor se ha visto aumentado por las circunstancias en que ha acontecido, enviamos á toda la familia doliente nuestro pesame más sentido.

## El arte de Backhaus Martín



*José Backhaus Martín.*

José Backhaus Martín, el elegante pintor chileno, catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Santiago, puede estar satisfecho del éxito de su reciente exposición. Sus obras, de gran efecto decorativo unas y de honda emoción otras, unen a la maestría del dibujo y a la brillantez del colorido, esa atracción especial é indefinible que posee todo lo que es verdaderamente bello.

Díganlo si no los cuadros «Peleas y Melisande a la fontaine des avengles», acaso su producción más importante, y «La Anunciación», donde la figura de la Virgen se destaca sobre un paisaje que engalanó la primavera.

Pero donde el arte de Backhaus Martín se muestra en todo lo que vale es en los retratos, de una gran distinción y de una ejecución fina y acabada.

El de la marquesa de González, por ejemplo, es un completo acierto. Con un estilo sobrio, con una seguridad precisa, el pintor ha sabido reproducir la elegancia de la esposa del actual ministro de España en Méjico.

La marquesa está parecidísima. El rojo del vestido completa el artístico conjunto.

Es uno de los lienzos más afortunados del artista chileno de que nos ocupamos.



*Señora de Backhaus Martín.*

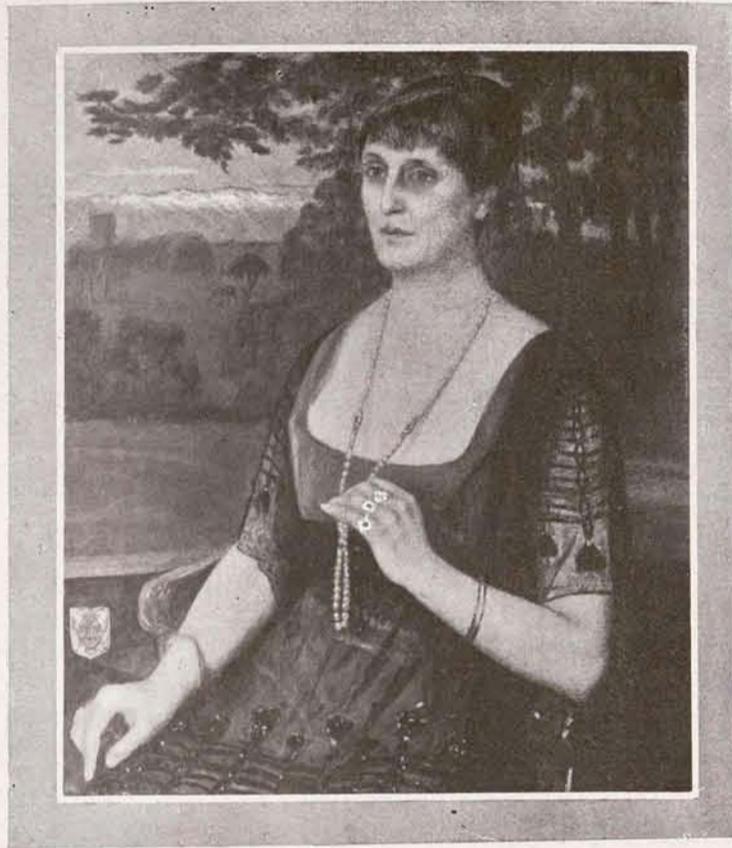
Los estudios que durante muchos años realizó en París Backhaus Martín, sus largas temporadas en Roma, Florencia y Venecia, y sus viajes por Suiza, Bélgica, Holanda, Francia y España, han hecho del arte de este pintor uno de los más exquisitos y depurados.

Backhaus Martín pinta como el hombre que, teniendo un gran temperamento de artista, posee una cultura poco común.

Así se explica el éxito de sus obras; éxito que se repitió una vez más con motivo de su última exposición en Madrid, honrada con la visita de nuestros Reyes y admirada por toda la sociedad madrileña y por las personas del Cuerpo diplomático extranjero acreditado en Madrid.

Esta manera de pintar del notable artista se evidencia en el retrato de la señora de Fernández Blanco, de excelente factura. El carácter bondadoso de la esposa del ministro de Chile en Madrid está reflejado con trazos finos y suaves. El fondo del cuadro es una nota delicada otoñal.

También ha sido muy elogiado el retrato de un precioso niño—Juanito Servert y López Altamirano—, cuya fisonomía expresiva se destaca sobre un paisaje de tonos patinados y transparentes.



*Marquesa de González,  
esposa del ministro de España en Méjico.*

Fot. Rembert.

Con José Backhaus Martín comparte la felicidad de su hogar y la gloria del arte la señora doña María Camino Malvar de Backhaus, nacida en Chile é hija de padres españoles. Pertenece a dos viejas familias gallegas, una de ellas la de los condes de Malvar, que contó entre los suyos al famoso arzobispo Malvar, enterrado en la catedral de Santiago de Compostela.

Sara María demuestra un gran temperamento artístico. Sus cuadros «Maternidad-País vasco», «De tierras de Castilla», «Mater Divinæ gratie» y otros son acertados estudios pintados con gran soltura y reveladores de unas condiciones notabilísimas de observación.

Backhaus Martín puede estar orgulloso de su compañera y discípula. Ella ha contribuido al éxito por él obtenido.

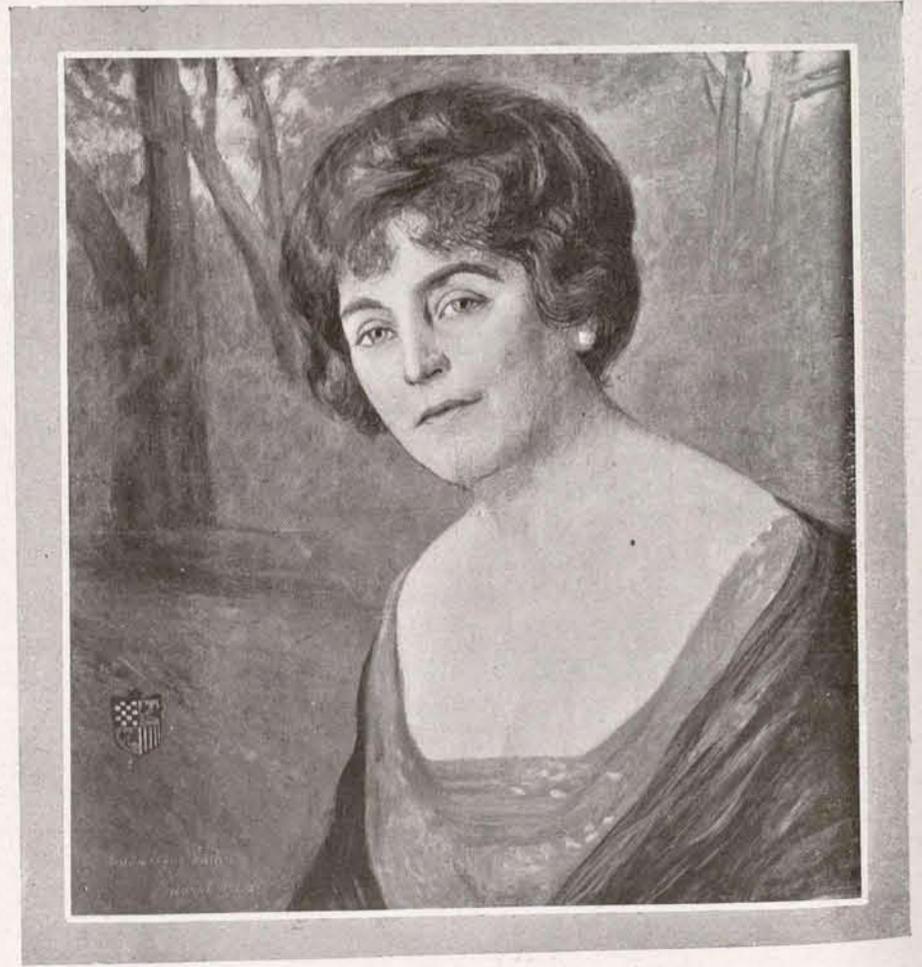
Y séanos, para terminar, permitido dedicar un elogio a otro de los trabajos más interesantes del artista que nos ocupa. Nos referimos al retrato de la condesa de Casa-Tagle, la distinguida dama chilena que tantas simpatías cuenta en nuestra sociedad.

Tiene el cuadro movimiento, vida.. Su colorido es brillante y luminoso.

Como los demás cuadros ha puesto muy alto ante el público de Madrid, siempre exigente, el nombre artístico de Backhaus Martín.



*Señora de Fernández Blanco, esposa del ministro de Chile en España.*



*Condesa de Casa-Tagle, de Trassierra.*

# Escritores aristocráticos e Agustín de Figueroa

## EL AMOR

**M**ALDITO tiempo—exclamó con impaciencia la condesa Blanca de Montalbán. Era una mujer joven, bonita y muy distinguida, con esa distinción innata que caracteriza á toda persona verdaderamente refinada y aristocrática.

—Sí, parece que arrecia la tormenta—dijo su interlocutor, el padre D. Saturio, excelente sacerdote, que quizás resultaba físicamente algo basto y vulgar, pero, sin embargo, no lo era de ningún modo en cuanto á su espíritu perspicaz y sus cualidades excepcionales.

—¿Y sus feligreses, D. Saturio?

—Bien, señora condesa. La pobre gente se quejaba de la sequía. „, habíamos comenzado una novena á Santa Quiteria...

—¡Caramba! ¡Pues ahora no se quejarán! ¡La Santa abogada los ha complacido!

—Sí... Con tal que la lluvia no sea excesiva y perjudique á las cosechas...

La condesa y el sacerdote estaban cómodamente sentados junto á la ancha y confortable chimenea, en el comedor amplio y severo.

La leña crujía, crepitaba, ardiendo magníficamente, mientras las llamas rojas crecían, se elevaban, cada vez más dominantes y esplendorosas. Durante algunos instantes se prolongó el ronco rugido de un trueno largo, retumbante..., uno de esos truenos que espantan á los niños y conmueven á los temperamentos nerviosos...; luego no se oyó más que el murmullo constante y tristemente monótono de una lluvia torrencial.

Desde hacía mucho tiempo, la condesa no había venido á aquel castillo un tanto destartado, pero siempre muy señorial, próximo á Montalbán, pueblecillo castellano donde el padre Saturio ejercía dignamente el cargo de párroco.

Generalmente, Blanca residía en la corte; allí se divertía mucho; muy animada, muy elegante, ni siquiera se acordaba de la vetusta casa solariega.

—Sí—decía alguna vez—, me gusta el campo; pero es triste, y aquí estoy tan ocupada... Sin duda le seducía más el bullicio de la capital, que la tranquila soledad del campo..., y transcurrió el tiempo, y un día, cuando menos se la esperaba, apareció la condesa en Montalbán.

Era Blanca ahora una mujer grave y sombría, más pálida que de costumbre, prematuramente envejecida.

—¿Está enferma la condesa?—preguntó D. Saturio, sorprendido al verla tan pálida y tan abatida.

—Sí—respondió ella vagamente—, un poco...; pero aquí me repondré en seguida.

Blanca no mentía, estaba enferma, sobre todo moralmente enferma. Ya no la atraían sus diversiones habituales; sentíase triste, mortalmente triste; todo le inspiraba una indiferencia absoluta, abrumadora... ¿Qué había sucedido? ¿Cuál era el motivo de aquel estado de ánimo? ¿Un amor desgraciado? ¿Un desengaño amoroso?... Nadie lo sabía, pero Blanca estaba cada vez más pálida y más triste y más abatida.

—¡Bah!..., un poco de neurosis—dijo el doctor—. Vaya usted al campo, haga mucho ejercicio, eso es lo que más la conviene...— y entonces fué cuando la condesa volvió á Montalbán.

—¡Oh!, ¡qué tiempo!—repitió Blanca enervada...

—Vamos, señora condesa, de usted para mí: «me huele» que el mal tiempo no es el único motivo de su mal humor...

Blanca le miró sorprendida. ¿Sospecharía él quién...

Al venir á Montalbán, tan triste, tan desolada..., un instante había pensado Blanca en revelar su secreto al buen sacerdote..., ¿Pero acaso sería capaz de comprenderla?... ¿Qué sabía aquel hombre rústico y sencillo? ¿Qué sabía de lo que es el amor?

Mas el buen párroco era como la mayoría de los sacerdotes y los médicos, muy observador y buen psicólogo, y adivinaba vagamente con su corazón de niño y su experiencia de viejo la índole de aquella crisis pasional que padecía la condesa.

Por su parte, habíase propuesto en su fuero interno hablar á Blanca de la misma cuestión, y con este propósito se quedó aquella noche á cenar en el castillo; pero ahora, solo con la condesa, en el

momento esperado, D. Saturio dudaba, vacilaba, no se atrevía á realizar su proyecto.

—Me parece triste y cabizbaja, señora condesa—insinuó el cura...

—¡Psch!..., el tiempo... no es muy risueño...

—¡Bah! ¡Qué nos importa el tiempo!...

De nuevo el sacerdote vaciló; él quería consolar á la condesa tratando de mitigar su dolor; pero, ¿y si por el contrario no consiguiese más que mortificarla?

D. Saturio iba á practicar lo que pudiera llamarse una «operación moral»; pues así como los médicos se ocupan de aquellos males físicos, que sin cesar aquejan á la humanidad, tambien los sacerdotes tienen una misión muy elevada que requiere mucho tacto, mucha habilidad...: la de intervenir en las dolencias morales, ¡cruces dolencias del alma!

—Y, ¿cómo resultaría su intervención en aquel caso?—se repetía el buen sacerdote sin decidirse á hablar.

—¡Qué tormenta!—exclamó la condesa.

—Sí; ¡y esa tormenta está en usted misma, en el fondo de su alma! ¿Por qué no dejarla que estalle? ¿Es que ya no le inspiro confianza, señora condesa, como cuando era usted niña...?

Entonces Blanca comprendió que no había juzgado á aquel hombre con justicia.

¿Cómo nos engañan á veces las apariencias!

¡No era tan torpe el buen D. Saturio!

—Sí, padre—dijo lentamente Blanca—, siempre me inspira usted la misma confianza; pero hay cosas...

—¡Que usted debe contarme!

—¡Que no puedo contar á nadie!—rectificó la condesa, cada vez más nerviosa.

—Vamos, la escucho—dijo el cura sonriente, arrellenándose en su butaca...—Usted quería á un hombre..., su nombre, ¿no importa!

—¡Su nombre!—murmuró Blanca...

—Le quería usted mucho, con pasión...; vamos, hija mía, siga, la escucho...

—¿Para qué, padre? ¿Para qué ahondar un dolor ya tan profundo!... Sí, es cierto; he querido mucho á un hombre, era tan dichosa... ¡y ahora soy tan desgraciada! ¡ahl, la vida es triste, es horrible, y llena de amarguras. ¡No me pregunte usted más; no quiero más que estar sola, sola, aislada con mi dolor!...—La condesa había hablado con verbosidad, con pasión.—Le quería, ¡ahl, sí, le quería mucho, con toda mi alma!... ¡Como solamente se quiere una vez en la vida!...

Y ahora, Blanca, desconsolada, sollozaba, sollozaba amargamente, como una niña. D. Saturio permaneció durante algunos instantes silencioso y pensativo.

—Aun está la herida muy abierta—pensaba el sacerdote; y luego, en voz alta, muy dulcemente añadió:

—Usted ha amado mucho, hija mía y ahora sufre mucho también. Ahora nada podría consolarla, únicamente luego, más tarde, el tiempo...

—¡No!

—Sí, hija mía; á medida que pasa el tiempo, poco á poco, insensiblemente, disminuyen nuestros dolores, se atenúan nuestros pesares y desaparecen

## UN MEMORIAL

Pero, ¿qué haces, Señor, en las alturas sin dignarte mirar hacia la tierra?  
¿No ves que estamos en perpetua guerra?  
Tú, Señor, por lo visto no te apuras.

Acuérdate que ya tus criaturas se asemejan á lobos de la sierra, y que tu indiferencia nos aterra porque olvidas que somos tus hechuras.

En el mundo se matan á millones; en España, al patrono se asesina; y en todas partes truenan los cañones;

si no interviene tu bondad divina y no haces los milagros á montones... no extrañes si la Fe muere ó declina.

MANUEL LLORENTE

hasta nuestros recuerdos. ¡Se olvida á los muertos!... ¡Usted olvidará su amor, muerto también!

La condesa permanecía ahora inmóvil; silenciosa, infinitamente abatida.

La lumbre aun chisporroteaba, pero más tenuemente, consumiéndose ya poco á poco.

—Y ya que no me quiere usted contar todo eso—dijo el sacerdote sonriente—, yo sí contaré á usted una historia de amor...

—¿Una historia de amor?—preguntó Blanca sorprendida.

—Sí, una historia que le será á usted provechosa, y quizá, cuando la conozca, quizá varíe esa idea suya tan exaltada acerca del amor.

—¡El amor!—exclamó Blanca apasionada.

—¡El amor!—repitió D. Saturio con un tono muy distinto, ligeramente irónico.

—Escúcheme usted con atención: Hace algún tiempo, en el pueblecillo de Montalbán, conocía yo á unos novios que por su recíproco amor y entusiasmo pudieran compararse á Abelardo y Eloísa ó á los famosos amantes de Teruel...

—¿Tanto se querían?

—Sí, eso es, se querían—prosiguió el cura con su sonrisa levemente irónica.

Se querían, eran dichosos; pero, ¡ahl, nada tan efímero como la felicidad!...

Los padres de la novia eran de la gente más adinerada del pueblo, mientras que el novio, un mozo apuesto y simpático, pero sin fortuna.

Además, usted sabe que en algunos pueblos se conservan todavía ciertas reminiscencias de la antigüedad, particularmente de la Edad Media; me refiero á esos rencores lamentables, verdaderos odios ancestrales que se profesan recíprocamente ciertas familias durante años y años... y ya comprenderá usted que aquella mutua antipatía, y, además, la diferencia de posición económica, fueron motivos más que suficientes para que los padres de la muchacha se opusieran tenazmente, rotundamente á las relaciones amorosas de su hija.

Lágrimas de ella, súplicas de él, todo fué en vano. La terquedad es uno de los defectos que caracterizan á mis feligreses.

Entonces los novios se desesperaban; ella quería entrar en un convento, él quería raptarla..., luego se casarían..., en fin, locuras por el estilo.

A todo esto —¡otro inconveniente!—el muchacho había entrado en quintas. Imposible casarse sin haber concluido el servicio militar.

Y un día, de pronto, el mozo tuvo un arranque bizarro y vino á verme.

Estaba muy pálido, muy nervioso, tenía que hablarle—según decía—de un asunto importante y reservado.

—Mire usted, señor cura—comenzó á decirme—; vengo á pedirle un favor.

—Tu dirás, hijo, tu dirás, ¿de qué se trata?

—Pues... que mi novia y yo... queremos casarnos...

—Bien, hijo, bien; eso no tiene nada de particular; no se trata de un favor; con mucho gusto bendeciré vuestra unión.

—Pero es que..., mire usted señor cura, yo aun no he acabado el servicio...

—Bien, hijo, bien; eso pronto se acaba y para entonces, si os queréis de verdad...

—Pero, mire usted, señor cura, el caso es que...

—Dí, hijo, dí.

—Pues, mire usted, abreviando: que yo quisiera casarme ahora, en seguida... Sin que se entere nadie, en un momento nos casa usted... y ¡ya está!

—Eso no puede ser, hijo mío.

—Pues, ¿qué voy á hacer?

—Esperar.

—Pero mire usted, señor cura, si es que los padres de mi novia no quieren que nos casemos.

—Pues bien, esperad...

—Esperar, esperar, ¿hasta cuándo? ¡Es que ya no queremos esperar!

—¡Y yo qué voy á hacer!—dije al fin, un poco impaciente.

—Señor cura..., pues casarnos.

—¡Casaros!, ¿antes de acabar el servicio militar, contra la voluntad paterna, es decir, infringiendo doblemente la ley? ¡Qué disparate! ¡eso es imposible! ¡tú estás loco, muchacho!

—Sí, eso es, tiene usted razón; loco, loco, ¡pero ya hemos esperado bastante! Mi novia no hace más que adelgazar y desmejorarse, que está que no parece la misma. Y yo, ya ve usted, usted lo ha dicho: estoy loco; sea como sea ¡queremos casarnos!

—No puede ser, hijo mío.  
 —¡Ah! ¡Es que usted no sabe lo que es querer! Es usted como una piedra; no tiene corazón.—  
 ¡Cómo se puso el pobre muchacho, señora condesa! Quería casarse, quería casarse, y no había quien le sacara de ahí.  
 Repito que mis feligreses son muy tercios, y á pesar de que me inspiraba compasión, ¿yo que podía hacer? Me rogó, me suplicó de rodillas, llorando como un niño; luego, desesperado, furioso, llegó á amenazarme.  
 —¡Pues ha de casarnos usted aunque no quiera! Y si no nos casa..., ¡lo mato!  
 —Vamos, vamos, hijo, cálmate; no estás en tu juicio... Comprenderás que mi deber, mi conciencia...  
 —¡Bien dice todo el pueblo, y con razón, que es usted un acémila, y le llaman «El murciélagos» y «La cucaracha»...; y lo haré tal como lo digo, ¿sabe usted?: ¡lo mato! ¡lo mato! Y luego me mato yo también. Sí; me colgaré de un árbol ó me arrojaré al río; y, entonces, cuando me haya matado, y mi novia se muera de pena, cuando estemos los dos bajo

tierra, que en el cementerio pronto nos reuniremos, entonces se quedará usted contento y tranquilo con su conciencia y su deber.— Al oír aquellos gritos desahorados, acudieron algunos vecinos y el muchacho huyó desesperado, repitiendo que se iba á matar.  
 —Tenía razón—interrumpió la condesa, que había escuchado con vivo interés el relato del sacerdote.— ¡Si la quería!  
 —Sí la quería, sí—exclamó el cura sarcásticamente.— ¿Y sabe usted cuál fué el desenlace de mi historia?  
 —¡Me lo figuro!... Se suicidó el desdichado...  
 —No.  
 —¿Murió ella de pena?  
 —No, tampoco.  
 —Pues entonces, no acierto...  
 —Nada de tragedias.  
 —¡Ah! ¿Se casaron al fin?  
 —Un año después..., ¡el con otra... y ella con otro!  
 —¡No!  
 —Sí, señora, y viven hoy tan felices y tan contentos.

—¡Es increíble!  
 —¡Es humano, sencillamente humano!  
 Un sentimiento más ó menos puro, más ó menos grande, siempre efímero. ¡Nunca eterno! Créame usted, eso es el amor. Nuestras ilusiones, nuestras pasiones, en fin, nuestros sentimientos se suceden unos á otros; se suceden, sí, renovándose continuamente como las hojas y las flores, las estaciones del año y tantas otras cosas en el mundo. Unas mueren hoy, otras nacerán mañana.  
 —Y, dígame, señora condesa, ¿no está usted ahora un poquito consolada? ¿Qué piensa usted ahora del amor?  
 —Amor, amor...—murmuró vagamente la condesa, con una sonrisa triste y desencantada. Y en el fondo de su alma, Blanca sentía una amarga y profunda desilusión, una tristeza infinita, al pensar que en este mundo, cada vez más prosaico, todo pasa y se borra, todo se olvida y se muere... ¡hasta el amor!...

AGUSTÍN DE FIGUEROA Y ALONSO MARTÍNEZ.  
 Junio de 1920.

## Damas de antaño • Julia de Lespinasse

Si el germen literario del romanticismo se halla principalmente en Rousseau, el romanticismo de la vida, sentimental, intenso, el que transformó el mundo en un corazón sensible á todos los dolores y á todas las miserias de aquí abajo, tiene su más excelsa representante en la señorita de Lespinasse.

Los ayes, las lamentaciones de Julia, no tuvieron eco hasta medio siglo después de proferidas. Las contestaron Lemartine, Musset, Hugo, la escuela romántica.

La Lespinasse es el lazo de unión entre el siglo XVIII y el XIX. Une al gusto de la conversación erudita, que puso en boga Fontenelle, una sensibilidad exaltada, amor á todo lo existente; es un alma franciscana que no conoció á San Francisco (la Edad Media y el siglo XVIII se repelen), y cuando escribe para comunicar á sus amigos las angustias de su espíritu sediento de ideales, escribe frases como esta: «Alejandro deseó otros mundos por donde extender sus conquistas; yo deseo otros mundos para amarlos» (carta del 9 de Mayo de 1774 á Mlle. Canet).

Las cartas de la señorita de Lespinasse forman un precioso documento romántico, anterior á Chateaubriand y Víctor Hugo, la expresión sincera de un alma que sufre ya del «mal del siglo»; su lectura incomunica con el correr de los acontecimientos y hasta disipa tempestades, pues hablando Mme. de Staël de las cartas de Julia, puso una vez tal fuego en sus palabras, que ninguno de sus oyentes, ni ella misma tampoco, advirtieron una terrible tormenta que estalló entretanto.

El ya difunto académico francés marqués de Ségur ha consagrado un extenso y precioso libro á Julia de Lespinasse. Tiene razón cuando dice que á las cartas de su biografiada pueden aplicárseles las frases que Lamartine dedica en su *Rafael* á las cartas de Elvira, ó, si les parece á ustedes mejor, Julia des Herettes: «Se respira su aliento en las palabras, se advierte su mirada en las líneas, se siente en las frases el calor de los labios que acaban de inspirarlas».

La Lespinasse no era hija legítima. Sus padres fueron, á lo que parece, el marqués de Vichy y la condesa de Albon. No he de resumir todos los detalles de su vida, que pueden verse en el citado libro del marqués de Ségur.

La *Julia de Lespinasse*, de Ségur, se lee con mayor encanto que una novela. Sus seiscientas páginas de letra metida, sus notas repletas de erudición, no cansan.

En ellas se va viendo cómo se desarrolla un alma grande: la damita delicada y buena que adora á los elegidos de su corazón como si ellos representaran lo perfecto, el ideal, y del matemático y filósofo D'Alembert pasa al español marqués de Mora, y de Mora al conde de Guibert, y en todos sus amores hay más pasión del alma que de los sentidos, y aquella tan exquisita fineza espiritual de que gustan en su salón parisiense de la calle de Santo Domingo el citado D'Alembert, Turgot, Condillac, Condorcet, el duque de la Rochefoucault (descendiente del autor famoso de las *Máximas*), Suard, que debe

á Julia su elección en la Academia; los desertores del salón de la marquesa Du Deffand, de quien ha publicado, por cierto, una correspondencia inédita hacia 1859, un marqués de Saint-Aulaire, deudo seguramente del actual embajador de Francia en Madrid.

Julia, nacida en 1732 y muerta en 1776, empezó su carrera mundana en el mencionado salón de la Du Deffand, en el convento de San José. Al quedarse ciega esta última tomó por lectora á la Lespinasse, la cual, un poco ambiciosilla, quiso tener á su vez su salón filosófico y literario, como el de la Geoffrin (cuya vida puede estudiarse en otro libro del marqués de Ségur, *Le Royaume de la rue Saint-Honoré*); el de Mme. d'Épinay, la amiga de Juan Ja-



cobo, de Grimm, del abate Galiani; el del barón D'Holbach; el de Mme. Suard, la devota de Voltaire; el de Mme. Necker, la madre de Mme. de Staël, perfecto tipo de institutriz protestante.

Y la Lespinasse tiene su salón, que es uno de los principales de Francia en el siglo XVIII. Por él desfilan Condorcet, el caballero de Chastellux, la condesa de Boufflers, Mme. de Marchais, la duquesa de Châtillon, David Hume, el famoso filósofo y literato inglés, en cuya querrela con Rousseau interviene Julia.

Otros asiduos de la casa son Horacio Walpole, á quien dejó por herencia la Geoffrin «sus Memorias y su perro»; los italianos el marqués de Caraccioli y el abate Galiani, el inglés lord Shelburne, en quien sabe admirar Julia las excelentes cualidades de hombre de Estado.

La Lespinasse es apasionada de la música. Después de haber oído el *Orfeo*, de Gluck, escribe... «He derramado muchas lágrimas, pero sin amargura. Mi

dolor me era dulce... ¡Ah, qué arte encantador, qué arte divino! La música ha sido inventada por un hombre sensible que tenía que consolar á unas desgraciadas». Admira también al belga Grètry á quien aconseja cultivar el género dulce, agradable, sensible, espiritual...

Sus gustos literarios se hallan trazados por ella misma en su *Apologie d'une pauvre personne*. No tiene prejuicios ni se confina entre los muros de ninguna capillita literaria. La encanta la «severidad» de las *Máximas*, de La Rochefoucault; el «desorden encantador» que hay en los *Ensayos*, de Montaigne; la «inocencia y sencillez» que pone La Fontaine en sus apólogos; lee con pasión las tragedias políticas de Racine; se entusiasma con Shakespeare; Voltaire la divierte con su grata ironía y la deslumbra con la variedad de su talento; se deja acariciar por los idilios del dulce y apacible Gessner; encuentra un exquisito deleite en la sutil finura de Marivaux; se anonada ante Juan Jacobo, y «se arrodilla» ante la *Clarisa Harlov*, de Richardson. Conoce el inglés con igual perfección que su propia lengua, y contribuye con su admiración y con su ejemplo á que sea universalmente conocido el *Viaje sentimental*, de Lorenzo Sterne, al que le añade dos capítulos.

\* \* \*

El P. Coloma ha sido un poco severo con la Lespinasse en sus *Retratos de antaño* y en su opúsculo *El marqués de Mora*, obras ambas que conoce y cita el marqués de Ségur, porque le habló de ellas, según él mismo dice, al actual marqués de Alcedo, también historiador muy notable.

Julia, no obstante sus ligerezas, que no son de alabar, ciertamente, y que están en abierta contradicción con la moral cristiana, no puede en justicia ser comparada con la meretriz de Babilonia de que nos habla el Apocalipsis. Fué una dama toda pasión en un siglo en que estuvo de moda el racionalismo.

«El siglo XVIII—escribe Gustavo Lanson en su estupenda *Historia de la literatura francesa*—ha creado el tipo de la mujer absolutamente, completamente irreligiosa.» La Francia que precede á la Revolución se halla muy lejos del espíritu cristiano, que renacerá más tarde con Chateaubriand para no volverse á perder, al menos en las altas esferas, en el mundo elegante.

Voltaire domina por completo el siglo XVIII y á Voltaire le escribe la marquesa Du Deffand: «Nada hay que me satisfaga en el mundo, si no es vuestro espíritu.» Y lo que dice la Du Deffand lo piensan las otras damas de la época.

Es un hecho triste, al cual no se puede volver la espalda cuando se estudia el siglo XVIII francés. Producto de este medio social, fruto granado de la índole de este tiempo, es el espíritu de la señorita de Lespinasse. Pero ello no quita para que Julia sea un alma de elección, flor exquisita cuya fragancia enamora, arpa que vibra todavía y vibrará siempre con sonidos acariciadores de incomparable dulzura...

LUIS ARAUJO-COSTA

# PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

AUNQUE TENEMOS COSTUMBRE DE CONTESTAR A CUANTAS PREGUNTAS SE NOS DIRIGEN SÓLO EN NUESTRA SECCIÓN ESPECIAL, SON TANTAS Y TAN AMABLES LAS CARTAS QUE RECIBIMOS DE DISTINGUIDAS LECTORAS DE "VIDA ARISTOCRÁTICA" QUE NO PODEMOS MENOS DE SATISFACER, DESDE ESTAS PÁGINAS, LOS DESEOS DE ALGUNAS DE ELLAS.

*Señora de R. de C.*—Desde luego me parece muy bien que piensen ustedes este año en prolongar el veraneo por el Norte. Este verano han de estar las playas del Cantábrico muy animadas, y son muchas las familias aristocráticas de Madrid que se proponen permanecer en ellas hasta bien entrado Octubre.

Me pregunta usted qué zapato le irá bien para la vida de playa. Muy sencillo: zapato blanco de lona con hebilla de azabache y media blanca con pinza finísima, bordados en seda negra.

Con traje claro hace muy elegante.

*Señorita de X.*—No tiene nada de particular lo que usted hace. Es muy natural que se preocupe de su belleza y es disculpable que lo haga sin que lo sepan sus padres. Desde luego puede, sin reparo, preguntar cuanto guste, en la seguridad de que procuraré que quede satisfecha.

Si teme usted que por el aire del mar se le estropee el cutis, eche usted, al lavarse, en el agua una cucharadita de bicarbonato con unas gotas de esencia de azahar. Haciéndolo con asiduidad notará usted un gran resultado.

Además, si usted quiere, nadie sabrá que utiliza este remedio, porque un tarrito de bicarbonato en su tocador, no puede ser nunca sospechoso.

*Marquesa de P.*—Convengo con usted en la opinión de que la mujer debe procurar gustar siempre.

La elegancia no debe estar a capricho de la edad, y si usted desea conservar como hasta aquí su lindo pie y no quiere prescindir de sus largas excursiones, ahora que la vida en la sierra se presenta tan animada, le aconsejo que con una gasa de cuatro dedos, muy suave, se vende el pie, ajustándolo bastante, pero sin exagerar, con objeto de que al andar no le incomode y obtenga el efecto contrario.

No dudo de que me quedará agradecida en cuanto ponga en práctica mi indicación.

*Myosotis.*—No haga usted caso a quien le diga que la pintura en las uñas favorece.

Por lo mismo que necesita usted parecer bien y que hoy día, en un tocador, deben ocupar lugar preferente el *polissoir* y la *barrette de crème*, soy de opinión que abandone el procedimiento anterior.

Es preferible que, en agua bastante caliente, eche diez gotas de amoníaco y algunas de agua de rosas.

Tenga las manos en este agua por espacio de quince minutos. Fácilmente podrá luego arreglarse las uñas, que obtendrán brillo inmediato sólo con la aplicación sucesiva de la *barrette* y el *polissoir*.

Le respondo de que con esta práctica, repetida cada ocho días, puede prescindir de la intervención de la *manicure*.

*Doña A. de V.*—Una casa bien arreglada no se concibe si no está cómoda hasta en los menores detalles.

Por eso hace usted muy bien en preocuparse de su rinconcito de estar. La mesa de labor de que me habla, podrá, si me hace usted caso, encajar perfectamente en sus gustos, que alabo.

cia de que salga a paseo temprano todos los días.

*Hélène.*—Me parece muy oportuno que piense usted vestir su primer traje largo.

Mi recomendación sería, aunque la crea usted opuesta a la moda, que se atreva a ser una de las que entienden la coquetería; es de mucha más atracción un tobillo bonito—detalle tan raro en una mujer—que apenas se exhiba, que el seguir la corriente de hoy día.

*M. J. B.*—Realmente es difícil aconsejar con acierto, desconociendo los gustos de su prometido; pero, puesto que me da usted el detalle de que es un fumador empedernido, y al

través de su carta adivino que tiene usted buen gusto, ¿por qué no hace una cosa?

Humedezca una caja de cigarros habanos hasta conseguir dejarla limpia; después, hasta que se seque, póngale encima cualquier objeto de peso para que la madera no pierda su forma, y luego barnícela ligeramente.

Como complemento puede mandar ponerle unas iniciales pequeñas y un remate niquelado para cerrar.

Verá usted que el procedimiento es muy sencillo y conseguir la caja menos imposible que lograr aquella a la que tanto le paseó usted la calle, contentándose sólo con el *flirt* de mirarla al través del cristal del escaparate.

*Mrs. W.*—¡No, no! Eso no es propio de playa, créame. En un salón, en visitas, en paseo muy bien; pero llevar joyas valiosas por las mañanas, en la playa, durante la hora del baño, no.

Me dice usted que tiene una sortija de sello, grabada. ¡Esa sí! Pero nada más.

No olvide que la sencillez es la madre de la elegancia.

*A. de G.*—Su letra es muy bonita y, a pesar de lo que usted cree está ya muy hecha; claro que se ve que es letra de colegio, pero ¿puede ser ese un grave inconveniente?

Si le gusta, adopte la letra americana. Es sencillísima. No tendrá más que acostumbrarse a coger la pluma de otro modo: poniendo el manguillero entre los dedos índice y anular.

Sensiblemente variará la forma, sobre todo, si tiene usted cuidado de buscar buenos modelos. Si le cuesta trabajo encontrarlos dígame y yo le enviaré varias muestras.



Mándela hacer de pino, barnizada, y encargue unas alforjas sevillanas, con el fin de que los bolsos de los lados caigan por los costados de la mesa.

Así conseguirá que esta se halle en su parte superior originalmente forrada y que le sirva para poder guardar todas esas mil labores que siempre tiene empezadas toda mujer de su casa.

*Una madre anónima.*—Comprendo que la crianza de su primer chico la aterré y que hasta los pequeños detalles de coquetería infantil sean para usted motivo de preocupación.

¿Que su *baby* tiene el pelo lacio? No se inquiete. Eso tiene fácil arreglo. Acostúmbrelo, desde muy chico, a que salga siempre a la calle sin nada a la cabeza y, cuando vuelva, frótele el pelo con colonia, con lo cual quitará todo el polvo que haya podido coger, que es el culpable; muchas veces, de que el cabello pierda la tendencia que pueda tener a rizarse.

Y si quiere usted ver siempre sano a su hijo no deje de tener en cuenta la convenien-

Muebles de lujo. Muebles de estilo  
Muebles para despachos y oficinas  
Antigüedades. Linoleum

## Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34

Madrid



Guardamuebles

Muebles de ocasión. Entrada libre



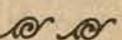
## LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. 

## New England

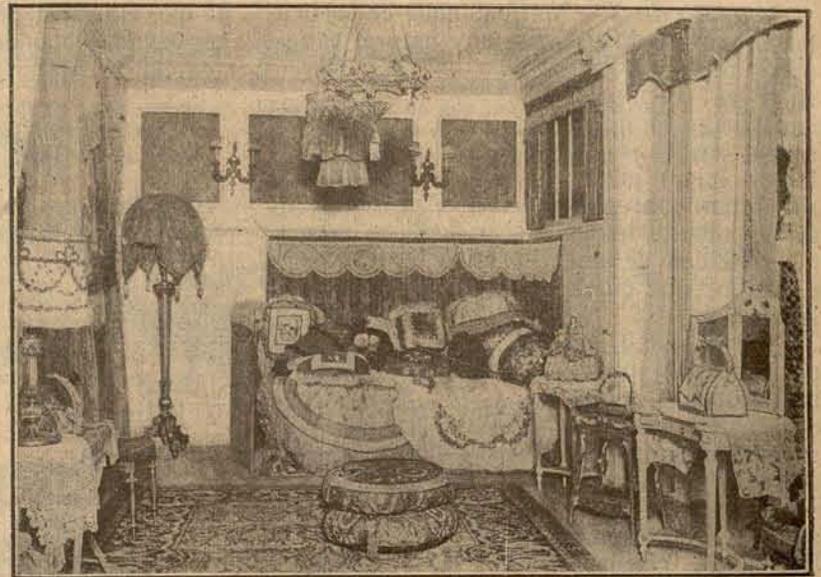
Corbatas  
Medias de seda  
Camisería  
Objetos de Arte  
y  
Fantasía

Madrid

Carrera de San Jerónimo, 29



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.



Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en  
CORTINAJES ARTISTICOS, ALMOHADONES FLAFONIERS,  
etc., etc.

## Luis Vinardell

Azulejos  Mosaicos  
Pavimentos  
Cuartos de baño  
Aparatos sanitarios



Exposición:

Alcalá, n.º 12. = Madrid



## Alesanco

Periferia :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

# DISCURSOS DE LOS GRANDES DE ESPAÑA

He aquí nuevos discursos de los Grandes de España que se cubrieron recientemente ante Su Majestad el Rey:

## El del marqués de Arienzo.

SEÑOR:

El marquesado de Arienzo, con Grandeza de España, fué concedido por Felipe V, a don Lulio Andrés Pacheco, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, y mariscal de campo de los Reales Ejércitos, en premio y recompensa de sus dilatados servicios y en consideración a la alcurnia y alteza de su linaje.

Vacante esta dignidad porción de años, yo he venido a suceder en ella por Real Carta de Vuestra Majestad que me concedió tal merced, de acuerdo con el parecer y dictámen de la Diputación de la Grandeza de España y del Consejo de Estado.

A esto debo el alto honor que en estos momentos me concede Vuestra Majestad y cumplo en ellos, Señor, después de daros las más rendidas gracias por Vuestra Real munificencia hacia mi persona, el dirigiros breves palabras con alguna noticia de mi familia.

Por mi madre es mi linaje el de la histórica Casa de Aguilar, siendo ella la primogénita de una de las más antiguas y preclaras ramas de esa Casa, cuyo origen se remonta a los primeros siglos de la Reconquista.

Desde entonces acá, en el transcurso de la historia, el nombre de Aguilar ha ofrendado a la Patria heroicas virtudes y a sus Reyes acendrada lealtad.

Por enlace de esta Casa con la no menos ilustre de Pacheco, ostento hoy el marquesado de Arienzo, por enlace de la misma con la de Aguayo ha venido a mí el marquesado de Santaella concedido por Felipe III a mis antepasados en esta otra nobilísima familia, y por entronques de la Casa de Aguilar, entre otros principales que pudiera citar, con los Ponce de León y los Cabrerías soy nieto del gran don Rodrigo Ponce de León, primer duque de Arcos, y de aquella dama de la Reina Católica doña Beatriz Fernández de Bobadilla que tan grandes servicios prestó a la ilustre Reina y a la Patria.

No digo más, Señor, de mi familia materna. La Casa de mi padre tiene el mismo origen que la de los duques de Feria. Por él descendiendo de Gómez Suárez de Figueroa, primer señor de la villa de Feria, casado con doña Elvira de Mendoza y Laso de la Vega, hija del almirante de Castilla don Diego Hurtado de Mendoza. El hijo segundo de éstos, Pedro Suárez de Figueroa, es el tronco de donde arranca mi Casa por parte de mi padre y el fundador de antiquísimos señoríos que han venido vinculados en ella el transcurso de varios siglos.

La varonía de este linaje se extinguió en mi bisabuela doña Carmen Suárez de Figueroa, primogénita de los condes de Puerto-Hermoso, y pasó con ella a la Casa de Soto que es mi apellido actual.

Permitidme, Señor, para terminar, que entre los muchos ilustres servidores que la Patria cuenta entre los que llevaron este apellido, dedique sólo un recuerdo a aquél intrépido caballero que conoce la Historia con el nombre de Hernando de Soto, valiente soldado que tomó parte principalísima en la conquista del Perú y abandonó después aquellas tierras para venir a ofrecer al Emperador Carlos V parte del gran botín que le había correspondido por sus campañas en América y organizar con el resto, a sus expensas, aquella famosa expedición a la Florida, con el deseo de conquistar un reino para la Patria. Garcilaso de la Vega, el Inca, inmortalizó con su pluma los heroísmos y hazañas del infortunado capitán en aquella alta empresa que le costó la fortuna y la vida.

Ejemplo de las grandes abnegaciones por la Patria es la historia del insigne conquistador.

No canso más la Augusta atención de Vuestra Majestad.

Yo heredé de mi padre un patrimonio de honor y caballerosidad que quiero transmitir a mis hijos como de él lo recibí; de él aprendí que la primera virtud del noble y del caballero es el amor y la lealtad a Dios y al Rey, porque el Trono y el altar son los fundamentos de la sociedad y de la Patria.

Dignaos, Señor, recibir el sincero homenaje de estos sentimientos profundamente grabados en mi alma.

## El del marqués de San Adrián

SEÑOR:

El alto honor que V. M. me ha concedido de cubrirme en su presencia como Grande de España, no lo debo, ni a mis merecimientos, ni a heredados privilegios, sino a la representación de los de mi mujer doña Margarita Magallón y Macleod, marquesa de San Adrián, cuya casa, por el número y alteza de los linajes que en ella han concurrido, es una de las más antiguas e ilustres de las rico-hombrias de Navarra.

Fundada en aquel Reino por uno de los jefes de los Cruzados de su reconquista, lleva más de ochocientos años de legítimos sucesores en su apellido de Magallón.

En tan dilatada existencia, su prestigio y sus honores se han acrecentado constantemente con los de las casas con quienes se ha unido, en muchas de las cuales ha sucedido.

La de los Ruiz de Vergara, Señores de San Adrián, descendientes directos del Infante Jimeno García, tercer nieto por varonía del Rey de Navarra Don Jimeno Iniguez, que, enlazada a las de los Antolínez y Láinez, lleva por ellos su ascendencia a la de los primeros jueces y condes de Castilla.

La de Beaumont, que por su primer conde el Infante Don Luis, hijo de los Reyes Felipe III de Evreux y Doña Juana, remonta su origen al de las Casas Reales de Francia y de Navarra, de las estirpes de San Luis y Margarita de Provenza.

A esas mismas Casas soberanas están enlazadas las de Mencos y Ayanz de Navarra, antecesores de la actual marquesa de San Adrián, y del que fué glorioso apóstol de las Indias San Francisco Javier.

Con el Señorío de Monteagudo, los Gramont llevaron a los Magallón la representación y jefatura de la línea española de esa poderosa Casa, por largo tiempo soberana, cuyo origen se pierde en el de los duques de Aquitania y de Basconia, y la antiquísima casa de los Armendáriz, aportó, en su fusión con la de San Adrián, la de Castelfuerte, con todas sus agregadas.

Los hechos de tan altos linajes, así como los de los Veráiz, Acedo, Falces, Monreal, Aybar, Ezcaiz, Garcés y Atondo, en cuyos mayorazgos y señoríos los Magallón han sucedido, consignados están en la Historia, y no he de distraer la atención de V. M. mencionándolos; aún menos he de cansarla con referencias de mi persona.

Tan sólo diré, y aun eso como prueba y garantía de mi adhesión y lealtad al Trono, que soy hijo del teniente general de mi nombre, que fué jefe del cuarto militar de vuestro abuelo el Rey Don Francisco; que he servido buen número de años en vuestra Real Armada, y que espero que mis hijos cumplirán en el servicio de su Patria y de sus Re-

yes con los deberes que les imponen su origen y el lema del escudo de sus armas: «Según las obras».

## El del marqués de Casa-Ferrandell.

SEÑOR:

La bondad de Vuestra Majestad ha hecho recaer el marquesado de Casa-Ferrandell, con la Grandeza de España a él aneja al decretar su rehabilitación en el más modesto de sus súbditos, puesto que el mérito preferente que puede alegar en su favor es su parentesco con las personas que ostentaron anteriormente el título.

Dicho marquesado fué creado con el nombre de la Cueva, el año 1790, por vuestro antecesor el Rey Don Carlos IV para don Ignacio Ferrandell y Gual, premiando así la nobleza de su origen que se remonta a Martín Ferrandell, que acompañó al Rey Don Jaime en la conquista de la isla de Mallorca, y quien como tantos otros caballeros que hicieron lo mismo, fué recompensado con heredamientos en la isla, y del que han sido descendientes muchos caballeros de las Ordenes militares, Baylios, Grandes Maestros de la Orden de San Juan enlazándose con el transcurso de los años con familias de la primera distinción, como lo prueban los apellidos de don Ignacio Ferrandell, Gual Moix, Salas de Oleza, Veri y Puigdorfilá, quien era señor jurisdiccional de las Caballerías y estados de la Roca, Orient y Bismur y de las villas de Andraitx, Valdemosa, Marratxí, y parroquia de Santa Cruz, a la vez que regidor perpetuo de la ciudad de Palma y diputado de millones del referido reino de Mallorca.

Posteriormente, el mismo Rey Carlos IV le otorgó los honores de Grande de España en 4 de Octubre de 1802, que disfrutó, por fallecimiento de don Ignacio Ferrandell, su sobrina e inmediata sucesora doña María Francisca Villalonga y Ferrandell, quien para honrar el apellido de su antecesor y conseguir su perpetua conservación, solicitó y obtuvo por Real Merced de 5 de Septiembre de 1806 el cambio de denominación de marqués de la Cueva por el de Casa-Ferrandell.

De esta señora, última persona que ha poseído el título y Grandeza antes de su rehabilitación, fué nieta mi abuela materna, quien casó con el señor don Pedro González y Valerio, que llegó a capitán de navío de primera clase en el servicio de la Patria y del Rey, con una brillante historia militar, y era descendiente por su primer apellido de don Pedro González, que vivió en los últimos años del siglo XVI en Treceño, provincia de Santander, de cuya hidalguía y limpieza de sangre, que consta en antiguo documento, no desmereció ninguno de sus sucesores, y por el segundo, de la antigua familia de los Valerio, señores de Serantellos y de San Juan de Filgueira, cuya Casa señorial existe en las cercanías de la ciudad de El Ferrol.

Tal es, Señor, a grandes rasgos, la historia del título que ostento, gracias a Vuestra Majestad, y la de mis apellidos; historia que me impone el deber de continuarla con el mismo honor, prometiendo en el momento solemne de obedecer el mandato de Vuestra Majestad cubriéndome en su presencia, ser siempre el más leal, respetuoso y agradecido de sus súbditos.

## El del duque de Sevilla.

SEÑOR:

Después de dar las gracias a V. M. por la honra que me confiere al cubrirme como Grande de España, relataré, como es de rigor, algunos datos de la creación y anteriores poseedores del título.

El ducado de Sevilla, que tengo el honor de llevar por haberlo concedido Vuestra Majestad a mi esposa y prima hermana doña Enriqueta de Borbón, fué concedido el 23 de Abril de 1823 por Su Majestad el Rey Don Fernando VII, a favor del abuelo paterno de mi esposa y abuelo paterno

# F U L Y

## CORSES ■ CINTURAS

PRIM. 28, ENTRESUELO

(ANTES VERGARA, 23)

SAN SEBASTIAN

## Martini

AUTOMOVILES

Fabricación suiza

M. SANCHO

Zurbano, 52 - Madrid.

## Hupmóbil

AUTOMOVILES

M. SANCHO

Zurbano, 52 - Madrid.

## Chandler Maxwell

AUTOMOVILES

M. SANCHO.

Zurbano, 52 - Madrid.

mío, el Infante de España que fué Don Enrique de Borbón y de Borbón, hermano del Rey Don Francisco de Asís, abuelo paterno de Vuestra Majestad. Era el segundo hijo varón de los Infantes Don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII y de Doña Luisa Carlota, hermana de la Reina Doña Cristina, nieto del Rey Carlos IV y descendiente en línea recta de todos los reyes de las Casas de Borbón, Bourgogne, Borbón-Anjou de Francia y España.

Fué vicealmirante de la Armada española, mandando, entre otros barcos, la *Manzanares* y *Villa de Bilbao*, que se construyó expreso con este fin.

De los episodios de su vida hago gracia por estar todas sus páginas escritas en la Historia de España de esa época.

Al morir en 1870 dejó tres hijos varones y una hija; el mayor, don Enrique, que fué ilustre jefe del Arma de Caballería, heredó el título, y al morir éste a su vez el año 1894, y no dejando para heredarle más que hijas, vino por último este título á la más pequeña de ellas (mi esposa), por cesión de su hermana mayor.

El segundo hijo del Infante Don Enrique fué don Francisco, hoy teniente general del Ejército y padre del que tiene el honor de dirigirse en este momento a Vuestra Majestad.

Y el tercer hijo fué don Alberto, duque de Santa Elena y también teniente general.

Es realmente digno de mencionarse, Señor, este caso nuestro, de estar en posesión del ducado de Sevilla dos primos hermanos y nietos ambos por línea paterna del primer duque; ella, como hija del hijo mayor; él, por ser su esposo, siendo a mi vez el primogénito del segundo hijo del Infante, y, por tanto, el varón primogénito de la línea masculina de esta rama tan íntimamente ligada a Vuestra Majestad.

Por último, Señor, perteneciendo absolutamente todos mis antepasados a la gloriosa carrera de las Armas de donde salieron, como premio a su valor y lealtad los más ilustres títulos y más antiguos nobles, fué en mí un ardiente anhelo el pertenecer a ella desde que di los primeros pasos, eligiendo muy joven el Arma de Infantería, que fué, es y será siempre la reina de las batallas.

Ya como cadete en el Alcázar de Toledo, y a los doce años de edad, juraba a Dios y prometía a Vuestra Majestad ante la enseña de la Patria, lealtad y sacrificio sin fin, y para ratificar ese juramento pedía ir voluntario a las campañas de Cuba o Filipinas, al ponerme las estrellas de teniente, honor que me fué negado por sólo contar catorce años de edad.

Años más tarde y a la primera campaña que hubo, que fué en Melilla, el año 1909, tuve la alegría de ir mandando como capitán una compañía de vuestro inmemorial regimiento, con la que hice toda la campaña, siendo recompensado con varias condecoraciones por méritos de guerra, entre ellas la muy apreciada cruz de María Cristina, previo juicio de votación.

Al comenzar de nuevo la campaña de 1911 al 12, pedí voluntario y mandando una compañía de cazadores de Segorbe, tomé parte en todos los hechos de armas de mi brigada, obteniendo nuevas cruces por méritos de guerra, y finalmente, volví voluntario al territorio de Tetuán en la campaña de 1913 al 15, siendo recompensada mi lealtad y mi humilde comportamiento con el empleo de comandante por méritos de guerra y otras recompensas, y si bien tuve poco adelanto en mi carrera por llevar, cuando ascendí por méritos de guerra, más de nueve años de capitán, me considero suficientemente recompensado al ostentar sobre mi pecho estas honrosas cruces, que son otras tantas ejecutorias de mi grande amor y espíritu a mi carrera, y de mi firmísima adhesión y lealtad a toda prueba hacia la amada persona de Vuestra Majestad y hacia nuestra querida España.

#### El del duque de Valencia.

SEÑOR:

Al tener el honor de cubrirme ante Vuestra Majestad como Grande de España, he de dedicar un fervoroso recuerdo a mis antepasados, que, con sus virtudes, la lealtad que desplegaron al servicio de su Patria y de sus Monarcas, sus gloriosos hechos de armas o su acertada labor como gobernantes, enriquecieron con sus merecimientos mi no-

ble Casa, dando un alto ejemplo a sus descendientes.

No creo necesario hacer detallada relación de cuanto ejecutaron mis antecesores en provecho de la Nación y de la Monarquía; básteme decir que me enorgullezco de descender de los Narváez, que repetidas veces derramaron su sangre en los campos de batalla, desde las luchas de la Reconquista hasta otras guerras más recientes; y de la Casa del Aguila, que desde la Edad Media ha dado servidores ilustres a la Corona.

Por línea materna soy Pérez de Guzmán, y estimo ocioso pretender recordar a quien nunca en España fué olvidado: a D. Alonso de Guzmán, *el Bueno*.

La Grandeza de España la ganó para mi Casa D. Ramón María Narváez, que, como militar y gobernante, realizó grandes hechos en servicio de su Patria y de su Reina, de los que no hago mención por ser tan conocida de todos la personalidad del primer duque de Valencia.

Al repasar las vidas admirablemente fecundas de mis antepasados y encontrarme tan desprovisto de personales merecimientos, en este solemne acto, profundamente agradecido a Vuestra Ma-

jestad, hago público el anhelo de hallar ocasión propicia de ser útil a mi Patria y a mi Rey, para los que pido a Dios un porvenir venturoso de prosperidad y gloria.

#### El del marqués de Monreal.

SEÑOR:

Carezco de méritos personales en que fundar la honra insigne de cubrirme ante Vuestra Majestad.

Soy, Señor, por afición, licenciado en Medicina y Cirugía, creyendo firmemente que en los tiempos corrientes es un deber tratar por todos los medios de ser útil a España y a nuestro Rey, cada uno en su modesta esfera.

Según antigua costumbre, he de exponer ante Vuestra Majestad, con toda brevedad para no cansar su atención, algunos datos sobre mis antepasados, dignos de haber alcanzado los honores que les fueron concedidos.

El primer marqués de Monreal lo fué D. Gabriel Bernaldo de Quirós, Comendador de Castro-Verde en la Orden de Santiago, secretario de Estado y Guerra. Fué ayuda de Cámara del Rey Don Felipe III, y la gracia fué concedida por el Señor Rey Don Carlos II, en 27 de Diciembre de 1683.

Desde esta época, hasta la presente, el marquesado de Monreal ha llevado como primer apellido el de Bernaldo de Quirós, que se remonta a Constantino, hijo del Emperador Constantino *el Grande*, el cual, al frente de poderoso ejército, fué en socorro del Papa Eugenio IV, al que tenía en gran apuro el último Rey de los Longardos. Vencido éste, el Santo Papa, por agradecimiento, honró a Constantino dándole por armas las llaves de San Pedro y rodeando su escudo con el lema: «Después de Dios a Constantino.»

De Italia vino a España, llamado por Don Ramiro I, ayudándole en innumerables batallas, en una de las cuales hallóse el Rey en gran peligro, herido su caballo, separado de los suyos y rodeado de moros. Vióse Constantino de lejos, gritándole en su lengua «id Quirós», que significaba «tente firme»; llegó hasta él y, con heroico esfuerzo, dióle su caballo, poniéndole en salvo.

Desde entonces le llamó el Rey Don Ramiro, en memoria de aquel socorro, «Quirós», añadiendo a sus armas las veinticuatro banderas que había ganado a los moros, modificando el lema de su escudo de esta manera: «Después de Dios a Quirós», y reconociendo, como el Santo Pontífice Eugenio IV, que a Constantino debía la corona y la vida.

Casó con una hija de Bernardo del Carpio, y por cariño a su suegro unió el nombre de Bernardo al de Quirós, formando el apellido de Bernaldo de Quirós.

Señor, todos los de este apellido jamás desmintieron su lealtad y prestaron buenos servicios a sus Reyes.

Por mi madre, Señor, llevo el apellido de Chaves, perteneciente a familia muy noble y antigua; proviene de la Villa de Chaves, en Portugal, en esta forma: Dos hermanos, Garcí López y Rui López, parientes muy cercanos del Rey Don Alonso Henríquez, sin ayuda de Rey, y tan sólo por su esfuerzo ganaron esta villa en el año 1160, concediéndoles, como premio por su hazaña, por armas, cinco llaves de las cinco puertas de la villa, orladas con las Quinas Reales de Portugal, y el apellido Chaves.

Posteriormente añadieron a la orla de su escudo ocho aspas de oro, sobre rojo, por haberse hallado el cabeza de esta noble casa ayudando a su Rey, con su gente, el año de 1212, en la batalla de las Navas de Tolosa.

Actualmente los de esta casa llevan los títulos de duques de Noblejas, mariscales de Castilla, marqueses de la Matilla y condes de Caudilla.

Como los Bernaldo de Quirós, siempre fueron leales a su Rey los de este apellido, dando vidas y haciendas en su servicio.

Al igual de mis antepasados, os ofrezco, Señor da mi lealtad, siendo siempre deudor a Vuestra Majestad por la señalada honra que me dispensa.



### Nicolás Martín

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid.

ARENAL, 14

Efectos para uniformes, sables y espadas y condecoraciones.

